

El Ruedo

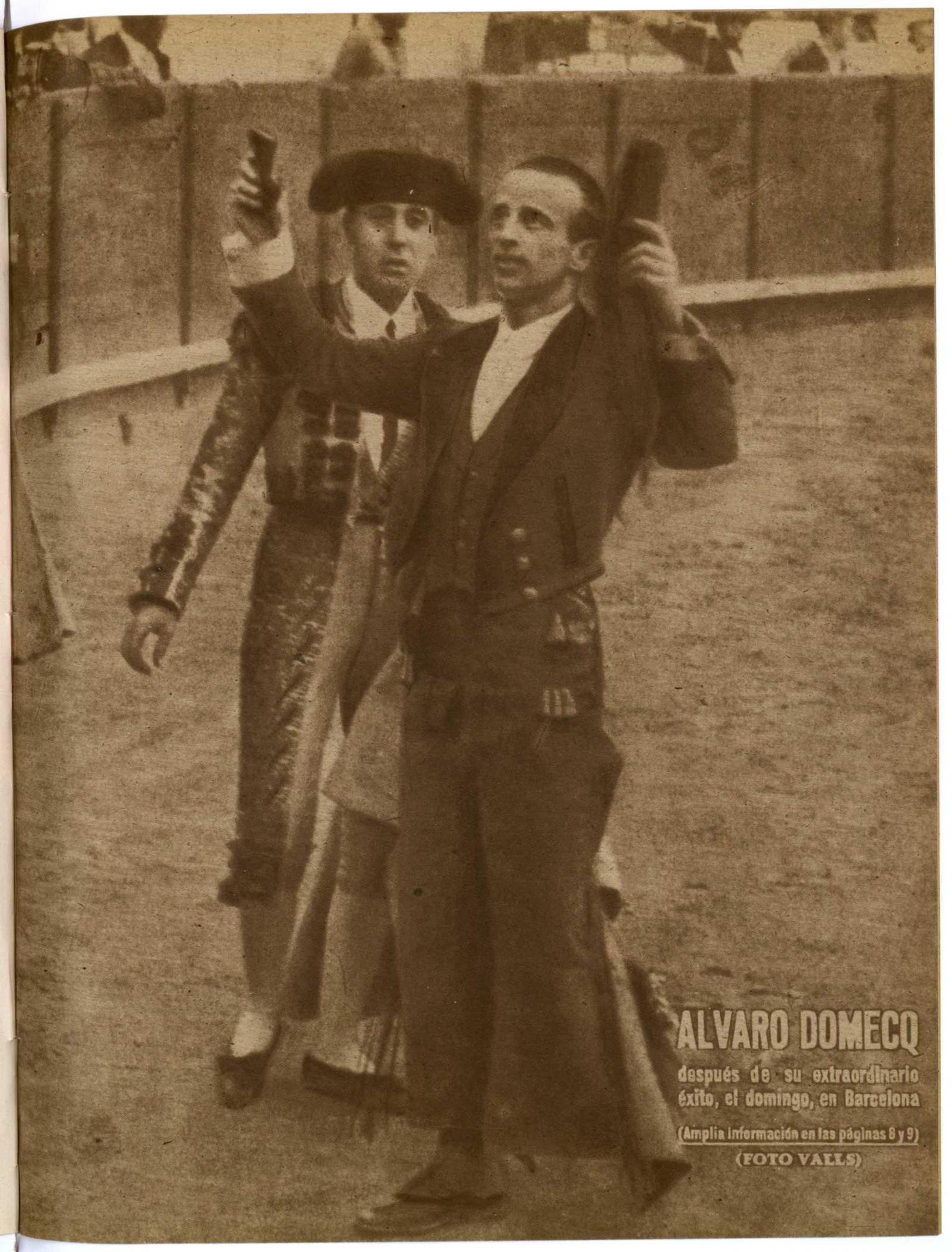
FUNDADOR MANUEL FERNANDEZ CUESTA



2
Ptas.



La Suerte del pedestal
(Dibujo de Enrique Segura)



ALVARO DOMECCQ

después de su extraordinario
éxito, el domingo, en Barcelona

(Amplia información en las páginas 8 y 9)

(FOTO VALLS)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo, en MADRID

Por ANTONIO CASERO



ESPARTERO ejecutando un ayudado por alto y un pase de rodillas, en el primero y segundo toros, respectivamente

El pequeño de los BARAJAS hizo un gran quite al sobresaliente en el segundo toro

Un natural de FRANCISCO RODRIGUEZ en su primer toro

Un pase de pecho de BONI

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II - Madrid, 25 de octubre de 1945 - Núm. 70



EL HOMENAJE A LOS TRIUNFADORES DE LA CORRIDA A BENEFICIO DE LOS HUÉRFANOS DEL MAGISTERIO

Luis Miguel Dominguín, Morenito de Talavera, Rogelio M. del Corral y Pepe Bienvenida, que fueron agasajados, en una fiesta íntima, por los aficionados y amigos.

(Foto Baldomero)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NUNCA como este año tuve tanta prisa por ver el fin de la temporada. Como si hubiese soportado personalmente todas las calamidades que pesan sobre la fiesta, estoy decantado y abatido. Sólo la corrida a beneficio de los huérfanos del Magisterio nos dejó a los sufridos espectadores del coso de las Ventas un recuerdo grato y duradero de la catastrófica temporada, nacida y muerta bajo el signo de la improvisación. Torpeza tras torpeza, nuestra caduca Empresa apenas puede vanagloriarse de otra cosa que de haber engordado decorosamente en sus dehesas los toros que tenía del año pasado.

Los aficionados, a fuerza de oírlo y de leerlo cada día, llegaron a encontrar un consuelo en decirse a la vista de un toro bien criado: «No, Madrid no es una Plaza de provincias. Aquí salen toros».

¡Parvo consuelo, en verdad, que sólo puede aceptar el tozudo optimismo de los aficionados! Carteles llenos de remiendos, tardíamente pegados, sufrían en las pocas horas que se ofrecían a la pública curiosidad todavía más remiendos, con reserva siempre de uno, al menos, para soltarlo en Plaza como un atractivo más de la fiesta.

Ni matadores, ni picadores, ni banderilleros, ni peones, ni toros, cuando no unos, otros, cuando no todos, fueron nunca los mismos que se habían anunciado.

Sólo eran inmutables en su física presencia los alguacilillos y el reloj. Aquéllos nos desesperaban con el constante ir y venir entre barreras de sus llamativos plumeros, como si deliberadamente quisieran atraer hacia ellos la atención de los cornúpetas. El reloj parecía burlarse por etapas de veinte minutos o más, para escupir al final a la cara del público una burla sangrienta: «Te has aburrido y has perdido tu tiempo y tu dinero».

Y así un día y otro, con rarísimas excepciones, se deslizó la temporada madrileña, que dimos de buena fe por terminada el penúltimo domingo, y que la Empresa con su acostumbrada capacidad para improvisar espectáculos sin fundamento, prorrogó hasta el último pasado, sin hacer perder las «esperanzas» de que, «a lo mejor», aun puede rebañar otro lote mixto compuesto con cuatro hierros, o sin ningún hierro, para ofrecerlo el próximo domingo a sus testarudos favorecedores.

La corrida del domingo en MADRID



DOS TOROS DEL HOYO DE LA GITANA Y SEIS NOVILLOS DE MOURA PARA ESPARTERO, JOSE GUERRA, EL BONI Y FRANCISCO RODRIGUEZ

LA SEMANA EN LAS VENTAS

PRIMERA PLAZA

Por EL CACHETERO

EL camino de las Ventas se halla teñido de las primeras luces invernales. Para el que lo dejó hace dos semanas, el cambio ha sido definitivo, porque han aparecido las castañeras, y en los rincones del cielo aparecen ya las nubes plumizas que vienen con la presencia de Don Juan Tenorio en los escenarios. Va poca gente a la Plaza, no se sabe si por que el cartel, que se nos antoja último y funeral, no tira demasiado de la afición, o si es porque ésta, muy tradicional en modas y fechas, olvida en estas calendas el camino de la Plaza. Según me dicen y he leído, una corrida que fué, con la del siete del mes que fenece a continuación, el festejo más redondo de la temporada, la del día del Pilar, tampoco vió colmados los graderíos, ni con mucho. El domingo pasado, la corrida mixta aun llevó mucha menos gente a la Plaza. Taurinamente, tuvieron razón los ausentes, porque salvo la suavidad de dos toros de Hoyo de la Gitana, y el valor, injerto en menguada base técnica y estética, del mejicano Espartero, poco o nada se vió allí. Espartero se llevó una oreja, que parece que será la última que conceda en Madrid la temporada del 45. Quedó para la novillería del año que va a venir la promesa de los buenos modos del novillero Boni, faltos aún del pulimento que da el planceo, pero que pueden redondearse de aquí a unos meses.

El cerrojazo se impone, por mucho que se lamenta el quedarse en compás de espera la afición favorita. Prácticamente, la Plaza ya está vacía por un invierno, aunque cuaje la idea de las invernales, que no sería mala para ayudar a los que empiezan, y que hoy, entre el extraordinarismo, los novillos para corridas, los festivales, el cierre de las Plazas satélites y otras cosas, tienen unos comienzos más difíciles que en los tiempos en que el peonaje y las capeas eran las fuentes de la torería. Pero la Plaza grande se ha cerrado en su temporada y ahí queda, propicia para la meditación, en su rango de primera Plaza, muy en entredicho y un poco en desgracia, y hasta mirada por encima del hombro por el primero que puede. En estas líneas, en que se comenta al hilo de la temporada lo que en ella va acaeciendo, pocas cosas van a decirse hoy, si no el enunciado de lo que va a sacarse a relucir en la tarea que el cronista se impone en cuanto los trajes de luces van a parar al fondo de las arcas y baúles. Si el cronista tiene sitio y ganas para hablar de toros todo el invierno, quizá porque su ausencia del jaleo feriante le priva del cansancio, en una especie de resumen de la temporada, lo primero, y quizá lo único que le merezca la atención en cuatro meses, es lo más sintomático de lo que ha ocurrido en ella, o sea, la campaña que el toreo actual, el de mejor que nunca, ha desarrollado contra la Plaza de Madrid, como si sus vestigios de orden, seriedad y primacía fuesen obstáculo para el despeñadero o carrera irresponsable que ha tomado el toreo. Para acometer contra la responsabilidad de la Plaza de Madrid.

Madrid, primera Plaza contra los ganaderos, la crítica y los bastidores que este año han conspirado contra ella. Sobre una Empresa que cumple su cometido con timidez y tristeza, como si no se diera cuenta de lo que tiene. Pero que, en conjunto, ha traido ganado de mejor o peor casta, sin preparación de tiempo, improvisadamente las más de las veces, pero toros. En Madrid se han lidiado toros. Y a lo mejor, aquí está el secreto de la campaña de parte de los que no los quieren, de los que desean una fiesta montada sobre un indecoroso fondo becerril. De todo se hablará si Dios nos concede salud.



Espartero, en un ajustado lancee a la verónica a su primer toro



El mejicano saluda al público con la oreja que cortó, y da la vuelta



Espartero, al iniciar la faena la oreja del que cortó la oreja



José Guerra pasa de muleta a su primer novillo, al iniciar la faena



Un momento de la faena de muleta que realizó Boni a uno de sus novillos



Un templado derechazo de El Boni, en la faena de muleta a su segundo



El mejicano Francisco Rodríguez toreado al natural el domingo en Madrid

DESPUES DE LA CORRIDA

"Un fuerte viento impidió mi lucimiento con el capote"—Espantero
 "No han rodado las cosas a medida de mis deseos"—Guerra
 "Sigo sin conseguir en Madrid un toro de regular embestida"—Boni
 "He toreado más a gusto que el día de mi presentación"—Rodríguez



El Boni remata con un adorno su intervención en un quite

Y Pepe Guerra, en plan de fiscal severo de sí mismo, me despide, al tiempo que expresa su última aseveración:

—En el torero no basta salir a cumplir: es necesario superarse.

BONI

Tampoco Manolo Perea parece estar con cara de fiesta. Y sin esperar más preguntas empieza a monologar.

—Mi primer toro resultó tonto, y manso por añadidura. Intenté pararle en sus endiabladas correrías, pero allí no había nada que hacer.

El segundo, también reparado de la vista, se acabó de echar a perder en su caída contra el estribo. Y para que los males no vinieran solos, pese a perfilarme bien, propiné una estocada defectuosa por chocar la punta del acero con el arponcillo de una banderilla.

Para demostrar que sé hacer algo más que torear por verónicas, intercalé en los quites los faroles y las chicuelinas. "Bulerías" le llamó yo a cuanto no sea pesarse el toro por delante, parando, templando y mandando. Y se acabó a temporada sin haber conseguido lucirme ante un toro de regular embestida.

RODRIGUEZ

Con sus compatriotas Toscano y Balderas, le acompaña también el Niño de la Palma y varios amigos. El mejicano expresa su contento por haber toreado a su primer novillo mejor y más a gusto que en la tarde de su presentación.

—Acaso el público —prosigue— no lo haya estimado así; pero, a mi juicio, los multazos han tenido mayor mérito por obtenerlos a costa de un ganado manso y sin casta.

No tuve amplia oportunidad para demostrar mi firme voluntad de conseguir el agrado de un público que me ha acogido con los brazos abiertos.

F. MENDO



El Espantero, en un valentísimo pase con las dos rodillas en tierra

ESPARTERO

Este mejicano posee un estoico valor. Al menos, hoy ha vuelto a demostrarlo, si bien es cierto que los dos astados que le soltaron surgieron con el decidido propósito de facilitarle el camino del éxito.

Encontré al torero desvestido ya de sus arreos de torear, reposando en el lecho. Sentada en una sillita baja, una mujer, muy bella por cierto, le hacía compañía. Desde la cama se

divisaba el caluroso deambular de los viandantes por la Puerta del Sol.

Espantero extrema sus encomios al público de esta tarde. El fuerte viento le impidió lucirse con el capote, y gracias al riego frecuente sobre la muleta pudo evitar el inconveniente de quedar descubierto en cada pase.

El retraso experimentado en su llegada a España quiere resarcirlo quedándose en espera de la nueva temporada, siempre dispuesto a no regatear su temerario estilo de torear.

JOSE GUERRA

Después de atravesar un patio interior, doy con una pequeña puerta de la que arrancan unas escaleras estrechas y mal alumbradas. Una señora, parienta sin duda del torero, me conduce hasta la habitación donde se encuentra.

El muchacho procura, con sus correctas maneras, encubrir su disgusto talante.

—No se puede —dice—, en este caso, echar la culpa al ganado. La única verdad es que las cosas no han rodado a la medida de mis deseos.

—¿Causas?

—Una y muy poderosa: el haber perdido el sitio en una Plaza de tanta responsabilidad como ésta. Detuté hace dos años en una corrida de Enriqueta de la Cova alternando con Yoni y Francisco Domínguez. Desde entonces no había vuelto a vestirme aquí de torero. Llevo esta temporada catorce novilladas, toreadas todas sin picadores. No quiero hablar de éxitos estando tan reciente mi escasa fortuna en mi última actuación.



Una garbosa chicuelina de Paco Rodríguez (Fots. Baldomero)

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



El Espantero

—Este sobresaliente de El Espantero es más bien un suspenso", dice un espectador. Y en efecto, el sobresaliente nos da un susto morrocotudo al caerse ante la cara del toro. Menos mal que eso presta ocasión para un quite colectivo que hacen los monosabios con las varas, convirtiéndose por un instante en los "forçados" portugueses.

Es que ese sobresaliente —azul y oro— se habla equivocado y no hacía más que dar puntapiés al capote. Pero, ¡si el partido de fútbol se celebraba en otra parte!...

La Plaza tiene la luz triste y agría, y como hay poco público, hace resonar los compases de la banda de música y los pregones de los vendedores con algo de gran tambor de parche muy tirante.

Es de barro cocido el Espantero, con su cara azteca y su valor imponente. Cuando cae al suelo rueda como Cañitas en la suerte de la croqueta.

El Boni, enterado y dominador, se encoge, sin embargo como si fuera a cazar grillos. Recuerda su rostro serio y de párpados caídos el de esos artesanos que trabajan de noche y están siempre somnolientos.



El Boni

Hay un toro que salta sobre un capote caído y ejecuta una pirueta circense. Alguien exclama: "¡Es de Circuitos Carcellé!".

Francisco Rodríguez, buen muletero, apenas pudo lucirse. Me aseguran que en otra ocasión estuvo bien. Sólo puedo decir que es un torero de altura. Compadre, ¡qué buena talla!

El quinto novillo ataca a la barrera y se queda con los cuernos clavados en ella. El bicho tenía vocación de sacacorchos.

José Guerra, con una mano vendada, se cae también delante del novillo. Pero el novillo se dobla de manos. Hay ángeles custodios de los toreros.

Por cierto que este José Guerra, como el protagonista del fandanguillo, es "un hombre prudente". Para decirlo todo, nos gustó mucho la estocada que dió a su primer astado. Y también le gustó al público; tanto, que le permutó la protesta por el silencio.

Bueno, y si no nos vemos en el número próximo, ya saben: ¡hasta el año que viene! Y a mandar, que para eso estamos.



F. Rodríguez

HIPERBOLES Y DITIRAMBOS

FRASES QUE MATAN

Por JOSE CARLOS DE LUNA



CONVENIMOS en que por acá somos exagerados con exceso, y precisa distinguir los aspavientos sin consecuencias de los que dañan a tercero, aunque la intención pretenda todo lo contrario.

¿Quién no se acuerda de las fogosas revistas taurinas que propalaban por toda España las actuaciones de los afamados diestros? Con ellas en el zurrón, casi llega Don Modesto a colarse en la Academia.

Vienen luego tiempos más encalmados, y los truenos lírico-taurinos se alejan rodando su oquedad.

¿Para siempre?

Así parecía. Muerto Joselito y medio retirado Belmonte, bregan en los

ruedos figuras recias, algo desteñidas, de hombres valientes que, sin arrumacos literarios al quite, se las entendían una y otra tarde con torones y toracos, ante públicos rabiosos, y como desencantados, que apretaban las clavijas a caprichosas exigencias, de espalda al riesgo y sin aquilatar dificultades.

Pepe el Algabeño y Sánchez Mejías se jugaban la vida, ansiosos de ablandar a una sañuda afición que rehuyó la sensiblería, sin cosechar sino de vez en cuando tibias ovaciones y, de higos a brevas, una oreja como capacho de molino.

La muerte retiró a ambos de la profesión, aunque con distintas armas, y si nada tenían que agradecerle al público, menos debían a los revisteros.

Eran, según dicen los sabios, los tiempos de la decadencia del toreo; mustios los entusiasmos partidistas para enrarecer la atmósfera en derredor de aquellos dos luchadores, machos desde la castañeta a los lazos de las zapatillas.

No sabemos si por cansancio o porque, volviendo a las andadas, se fingió a sí misma la afición algo más que un discreto remozamiento, los ditirambos vuelven a rodar del papel impreso a las mesas de bares y cafés, y recíprocamente. Camarillas y camadillitas enarbolan estandartes, bordados con lentejuelas los más absurdos y extraordinarios con los que han conseguido engatusar —no digo deslumbrar— al noventa por ciento del público que *puede ir* a los toros; y, naturalmente, tras los que empuñan y llevan las borlas por turno riguroso, forma, pisándose los talones, la más compuesta y ordenada comitiva que soñaron nacidos, porque el tono popular no la abigarra: retumbancias y dengueos sin un «¡Viva tu madre!».

Comienzan a bullir las hiperboles en salsa de tomate, y como nosotros, aunque al margen de la comitiva, no abrigamos malas intenciones, nos recrea el pomposo desfile que trae a las mientes aquellas revistas de antaño, tan dañosas a los ídolos que pretendían adular.

Más se dolió Ricardo Torres, Bombita, del nombramiento de *Papa* que de la cogida de Málaga.

El brillante chisporroteo de Manuel Mejías, Bienvenida, se agrió a raíz de su exaltación al *Papado negro*.

Tiraba a gusto, y bien lo merecía José, de su calificativo de *maravilla*, y justamente se agriaron los viejos catedráticos de la afición con la impertinencia de que «si el Guerra volviera al toreo, sería... el mozo de estochos de Joselito». Temblaron de indignación Córdoba y la media España que ya peinaba canas; y si no hubiera sido tan gran torero, se hundía entre rechiflas y antipatías por la necedad del famoso revistero.

Si a Juan Belmonte no le encasquetan la máscara de la tragedia griega ni le ponen de mote *Terremoto*, no hubiera guiñado el ojo la musa popular, canturreando por *sevillanas corraleras* aquella letrilla:

*Terremoto que amaga,
pero no suena,
es como agua de pila
bendita y güena:
que mucha o poca,
ni sirve pa lavarse
ni pa haser sopa.*

Y porque en cocimiento de zaragatona empiezan a mojarse ciertas plumas doctoras y de buen corte, es por lo que se vino a los mediocres puntos de la nuestra lo que queda escrito; que si nada pretende, brinda un entretenimiento, ni costoso ni malévolos: darlas de profeta con las cartas boca arriba.

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

OCTUBRE

24

MIERCOLES

TERMINADAS las ferias del Pilar, limpian y guardan los toreros los trajes de luces en el fondo de sus baúles. A falta de atavíos cortos de uso diario, caídos en desuso desde que Juan Belmonte comenzó a exhibirse por las calles con trajes "made in England", gabardina, borsalinos para tapar la coleta, de paso para evitar los cartros, y juncos de Java —hasta el punto de que Joselito llegó a decir cariñosamente: "da asco salir con él"—, con las buenas pesetas de los aficionados, que bien poco aprecio demostraron tenerlas, vemos airearse en cafés y bares las sonrisas y las carcajadas despreocupadas. A lo más, durante el invierno, son los festivos, los agasajos, los viajes a América y las faenas camperas.

anécdótico venero de efemérides—no el lento desgranar de las corridas, en los pasados días estivales—, aunque siempre el comentario, las revistas y los libros taurinos habrán de servirnos, en lo sucesivo, en afán de componer con destino a **EL RUEDO**, nuestra semanal sección, con miras al entretenimiento de nuestros lectores, de los aficionados, que no descansan, y para quienes seguiremos hilvanando y cosiendo, como buenamente Dios nos dé a entender, no invenciones, sino sucesos acaecidos tiempos atrás, que muchos llamados escritores recopilaban.

Gran número de hechos taurinos atraen mi atención desde aquel 24 de octubre de 1852 en que, en Madrid, se lidió el toro *Gonzalo*, retinto, de Taviel de Andrade. Tomic diez y nueve varas, propinadas por Lorenzo Sánchez, Francisco Puerto, Uceta y Hormigo. Le mató Manuel Trigo, que vestía de verde y plata, y *Gonzalo* mereció la denominación honrosa de "toro de bandera", según "El Bachiller González de Rivera", y nuestro querido y admirado "Recortes", dada por don José Carmona Gámez a todas aquellas reses de lidia que tomasen más de quince puyazos. ¡Quince, señores, quince!... 15, pasados al sueño del olvido, como el precio de los billetes del tranvía.

En fin, dejemos este tema y sinteticemos en breve reseña aquel jugoso suceso acaecido al Nene, que hace muchos, muchos años, contó magistralmente don Eduardo Bermúdez. El tal Nene fué en verdad un banderillero de Joaquín Sánchez León, espada de quien pocos aficionados tendrán noticia y que, en fecha lejana, entre el 24 y el 30 de octubre, hacia primeros de siglo debía actuar como novillero, en un pueblecito cercano a Madrid.

El Nene era más supersticioso que todos los toreros gitanos que en el mundo han sido. Y fué tan popular que los hermanos Quintero le utilizaron para crear el tipo de Bolito, en "La mala sombra".

Pues bien; a la llegada del Nene al pueblo donde debía actuar vestido de luces, fué con su cuadrilla a ver a los novillos en los corrales.

Había un bicho "cuya lamina imponía respeto". Algo así como los que ahora rechazan los aos "monstruos", porque es más fácil torear y matar caracoles de mazapán de Toledo. Son éstos los que hacen gesticular con desprecio al abogado del Estado, café por derecho propio y aficionado para cuadro de honor, el ingenioso hidalgo don Rafael Fraile, por quien siente gran admiración y afecto el que suscribe.

El toro era fino de cuerna, bien puesto, de bastantes arrobas, y denotaba saber e intención entre sus hermanos de vacada.

Aquella noche soñó con el morlaco el Nene, tan profundamente, que al día siguiente hubieron de despertar sus compañeros tirándole de un pie. El Nene despertó sobresaltado, dolorido y livido. Ya sentado en la cama, restregándose los ojos, dijo como explicación que había estado soñando, con una pesadilla horrible, en la que le habían hablado los bichos que el día anterior habían estado visitando en los corrales y con los que por la tarde tenían que entenderse. Entre chuffas, uno de la cuadrilla le preguntó:

—¿Y qué te decía el animalejo?

Contestó el Nene:

—¡Casi ná! Me ha preguntao: "¿Cuántos seis pá atorear?... Yo le contesté que seis. Y entonces él me dijo: "Seis pocos".

Aquel torazo de la pesadilla del Nene fué el primero que aquella tarde de finales de octubre salió por los toriles, Zurró la badana de lo lindo y cogió con heridas más o menos graves al León y a los cinco que llevó de cuadrilla.

—¿A los seis?

—¡A los seis!

Lo dice, y hay que creerlo, don Eduardo Bermúdez. Yo no he hecho más que desenterrar, desempolvar y resucitar el suceso.

OCTUBRE

30

MARTES

RESUMEN DE LA FERIA



Fermin Rivera, triunfador de la feria del Pilar, en un espezuznante pase sentado en el estribo

En el número de EL RUEDO que se publicó el 27 de septiembre, al comentar la última espantada del trío de ases de la Plaza madrileña, se dijo bajo mi firma lo siguiente: «¡Que se vayan por ahí a torrear gatos escuálidos, a seguir con el cuento de las apoteosis provincianas y a llevarse el dinero de los catetos!» Esto, a lo que parece, ha molestado mucho por ahí. Un señor, jerezano, me ha escrito una protesta correcta. Un grupo de amigos zaragozanos me abroncó en broma. Y el crítico de un semanario deportivo de Valencia se mete conmigo con bastante injusticia, achacándome un sentido despectivo para las provincias. Ya le contestaré más despacio, pues ahora lo que interesa decir es que lo dicho, dicho y mantenido está por el que firma, que, dicho sea de paso, tiene a gala su nacimiento en Zaragoza y su filiación provinciana. Dicho está que por ahí se torrean gatos escuálidos que en Madrid no pasarían. Que las apoteosis de provincias, reflejadas en Madrid por el núcleo de cronistas viajeros que le hacen un daño feroz a la Plaza de las Ventas, y por los telegramas de los correspondientes, deforman bastante la verdad. Y que cateto taurino es, en Madrid y en provincias, quien se aviene con este estado de cosas, con esta trampa taurina que se está desarrollando, y deja su dinero a beneficio de este sustitutivo de la fiesta de toros, del que los llamados ases tienen las riendas y el monopolio. Catetos de esta especie los hay en Madrid como en cualquier parte, y claro está que sólo la suspicacia o el resentimiento pueden creer lo contrario. Uno se alegraba en la ocasión que la fuga de ases y el plantecamiento en Madrid de festejos sin extraordinarismos, de decorosa brillantez, dejase en forzadas vacaciones a los catetos de la ca-

JOTA DEL PILAR, TALEGUILLAS A GUARDAR

Por EL CACHETERO

pital. Y avisaba a los de por ahí para que no hagan el juego a los que se refugian en provincias, precisamente porque las creen camino más fácil. Son los toreros los que les desconsideran taurinamente, por suponer que por ahí les admiten lo que huyen en Madrid, que no es ninguna prueba aplastante, sino un poco más de seriedad, que falta le está haciendo a los toros en todas partes.

Yo no defiendo a Madrid, sino a la fiesta de toros verdadera. En Madrid se da con más adarmes de verdad, y por eso defiendo su Plaza, por su realidad y su historia. Pero lo mismo hablaría de Bilbao, que es otro buen sitio taurino del que los ases han desertado también este año, o los disponibles, al menos, firmes en su ofensiva contra la responsabilidad, firmes en su propósito de cosechar dinero en el confusionalismo, del que no falta ni la nota de ennoblecer positivamente otras Plazas y avivar su orgullo contra la tradición y afición, que se hace insostenible por conseqüer un mínimo de exigencia en el toro. Pues bien; el que favorezca todo eso, es el que entiendo por cateto, y ahí queda el apelativo.

LAS CORRIDAS DE ZARAGOZA

En cuanto al ganado, una feria más, y aun de las discretas, en este calamitoso curso taurino. Albaserrada y Samuel Hermanos dieron las mejores corridas. Apé, la peor: unos becerros sin decoro, fuerza ni presencia. Atanasios y Galaches, muy pequeños, en ese tipo recortado hasta la exageración de monigotes hinchaditos. Los ases —salvo los Albaserradas de Ortega— torrearon, naturalmente, las que más protestas encendieron. Con los de Atanasio estuvieron flojos; con los Apés, mal. Manolete toró Galaches, y en uno muy pequeño, débil y engañillado, quiso volver por sus fueros, para acabar la feria sin relieve en el otro. Y Ortega estuvo bien en la última.

Manolete está perdido en sus modos y no se ha encontrado. Hace mejores cosas aisladas, ha perdido el aquante, torrea con un engreimiento insostenible, deja su torreo al descubierto con el paso atrás y transparenta mejor lo que veló unos años con el pasmo que causaba su sitio. Más técnica y menos personalidad, en suma. Y la gente en contra, con su parte de razón. Ortega, más cuco, con más ruedo y maestría, ha hecho cosas estupendas con el capote, torreando en la boca del riego, y ha andado por esa su facilidad —media arrancada y conocimiento de los terrenos— con la muleta.



Un buen pase natural del mejicano, que tan gran éxito alcanzó en las corridas de la feria batúrta

La liebre saltó en Rivera, que soltó su temperamento y se llevó casi todas las orejas —seis— en presencia de los primates. Con los tendidos a su favor —también con razón, en parte—, se llevó la pelea pública. Andalus triunfó con el capote para que la muleta lo sostuviera en una corrida. Parrita estuvo de zangolotino en la primera y se enmendó en una faena en la segunda. Y Julián María y Espartaco salieron del paso.

¡Ah! Por primera vez quizá en la Plaza, hubo de interrumpir —un puyazo sólo— la jota del último toro (?). Era de Apé.

TREGUA

De Zaragoza se fué a Méjico el torero español de más renombre: Manolete. Todas las reservas que nos ha merecido su actuación pública y de organización en la temporada actual, más las que tenemos sobre las gallinas que ha traído, aquí se quedan. Su «eterna» en la corrida de la Prensa de Madrid de este año, tan sintomática como la del Pinto Barreiro del pasado, olvidada está por unos meses. Ya a Méjico y a Suramérica en representación del torero español del momento y como exponente más alto. Le deseamos los triunfos más convincentes y aplastantes sin reserva alguna, y nos alegraremos de ellos como cosa propia. A Manolete lo discutimos —yo, mucho— en España; pero ante el mundo lo reputamos en este momento como el mejor de todos, ya que como al más renombrado le esperan. Es el torero español, el mejor, lo que marcha con él. Buena suerte, y ¡viva España! Y a los que se quedan, la felicitación por el término que hace veraz este reír taurino que acaba de inventar: «Jota del Pilar, taleguillas a guardar.»



Domingo Ortega, otro de los toreros que tuvieron lucida actuación en la feria (Fotos Marín Chivito)

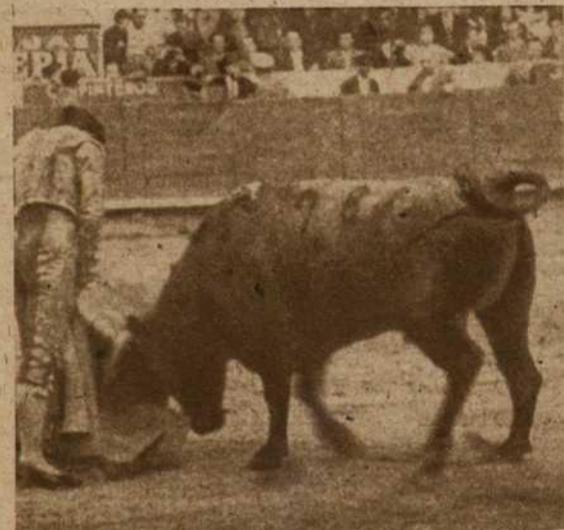


Andaluz, que también supo poner a buena altura su nombre en las corridas del Pilar

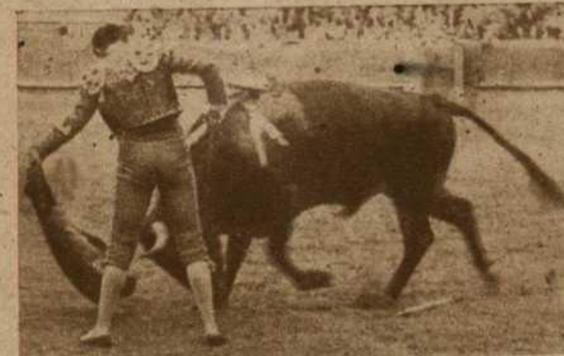
CARTEL DE BARCELONA



Curro Caro dando la vuelta al ruedo, con un ramo de flores que le arrojaron



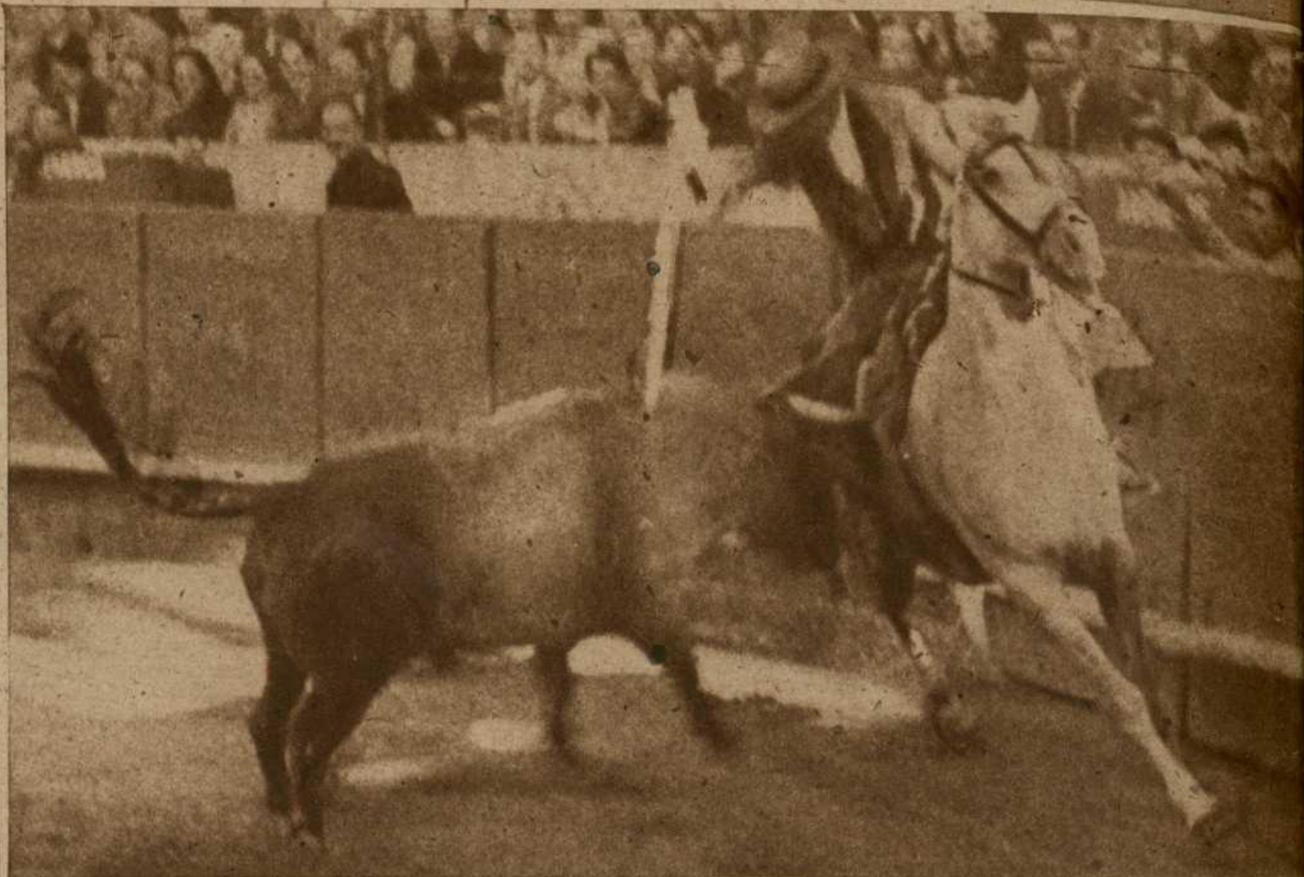
El madrileño Curro Caro toreando con la capa al toro que lidió en primer lugar



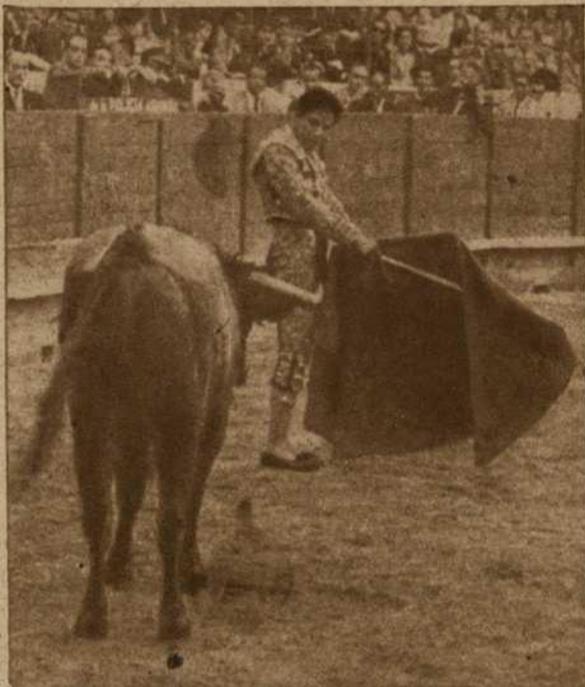
El mismo diestro, con la muleta en la mano izquierda, logra unos buenos pases



Un estatuario pase de pecho de Curro Caro, en la breve faena que realizó a su segundo astado



Alvaro Domecq, en terreno inverosímil, clava un buen rejón al novillo de Galache, que se lidió en Barcelona el domingo, al que cortó orejas y rabo



El mejicano Antonio Velázquez citando al primer toro, para iniciar su faena de muleta



Un farol con las rodillas en tierra, de Antonio Velázquez, pleno de emoción

Barcelona, 21. — (De nuestro redactor Suvirán).

JUICIO

Un toro de Galache para don Alvaro Domecq, y seis, tres de Manuel González y tres de Felipe Bartolomé, para Curro Caro, Antonio Velázquez y Rafael Llorente, constitulan el cartel que no debió parecer muy interesante al público, por cuanto la entrada no pasó de mediana.

La corrida oía a lo lejos a final de temporada. Nada aparejados. Unos flacos, otros gordos; éstos bien encornados, aquéllos cortos de pitones; alguno que se arranca bien a los caballos, pero los más huyeron de ellos como alma que se lleva el diablo al ver a los montados y sentir el hierro. Fogueado el tercero, estuvo en un tris que corrieran la misma suerte el sexto bicho de Manuel González, que sustituyó a uno de Felipe Bartolomé, reparado de la vista.

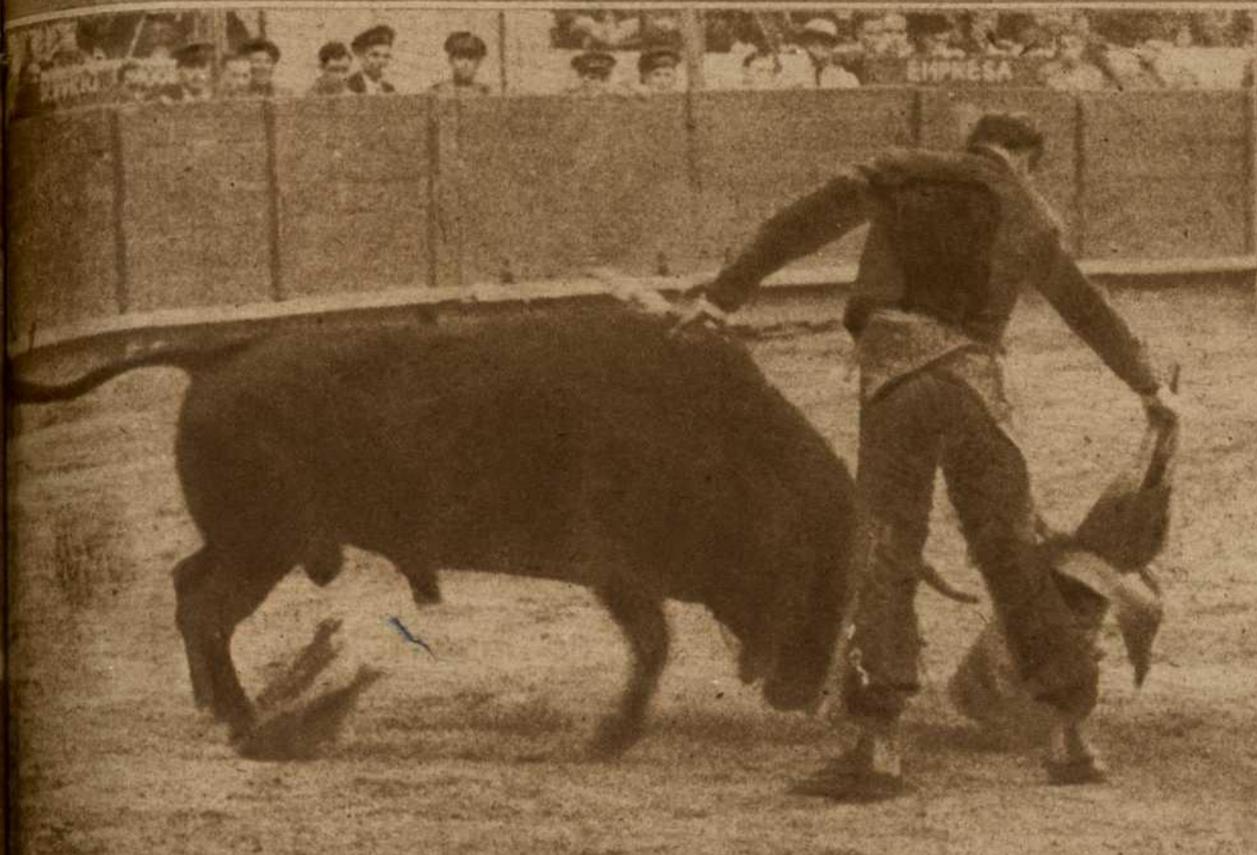
Por lo dicho, se comprenderá que la corrida fue de saldo.

El más afortunado resultó ser don Alvaro Domecq, y para él fueron las mejores ovaciones, por su bello toreo a caballo y por su arte y destreza con el trapero rojo. Acertó con el estoque, cortando orejas y rabo dando la vuelta al ruedo.



El rejoneador serezano Alvaro Domecq, después de su triunfo en el novillo de Galache, presencia la corrida

Uno de Galache, tres de Manuel González y tres de Felipe Bartolomé para Domecq, Curro Caro, Antonio Velázquez y Rafael Llorente



El rejoneador Alvaro Domecq, en la actuación con la muleta, después de atacar con los rejonos en la que consiguió un extraordinario éxito



Rafael Llorente en un desplante de valor al toro que fué torceado



Rafael Llorente se ajusta en unos lances de capa' al toro que lidió en último lugar



Otro momento de la faena de capa de Rafael Llorente, en la corrida de Barcelona



A fuerza de pelear valientemente con el bicho, Rafael Llorente logró faena



Velázquez en un magnífico par de banderillas, por el que escuchó fuertes aplausos



Un momento de la faena de muleta del mejicano Antonio Velázquez

Para Curro Caro, tan merecedor por su arte de una mayor atención por parte de las empresas, hubo de escuchar merecidos aplausos por su faena de muleta en el cuarto toro, logrando una buena estocada. En su primero hizo una faena breve, por exigírselo así el público, dándole buenos pases de pecho. Bien con el capote, Curro Caro mantiene aquí su gran cartel.

El mejicano Velázquez toreó ceñido y valiente con el capote. Banderilleó a su primero con tres pares muy buenos, y aunque al matar estuvo siempre muy valiente demostró que no es ese su fuerte. Su brevedad con el pincho, a estocada por toro, justifican las ovaciones que le fueron tributadas en sus dos toros.

Rafael Llorente fué el más perjudicado en el lote. Torceado su primero y un «regalo» con aviesas intenciones su segundo, a los dos los toreó valentísimo, entre los pitones, consiguiendo desengañarlos a fuerza de arrimarse, y a los dos entró a matar de verdad, exponiendo y metiendo el acero por todo lo alto.

Valiente y enterado, Llorente abrió la temporada de novillero y la acaba de matador de toros, muy seguro en el terreno que pisa.

CRITICO

oni...
arte...
po...
fada...
en...
e se...
n de...
non...
tuvo...
bi...
elipe...

fu...
rec...
bell...
rap...
bo...

de...
da

de...
da



Alvaro Domecq brindando la muerte de su toro a un amigo (Fotos Valls)

CARTEL DE JAEN

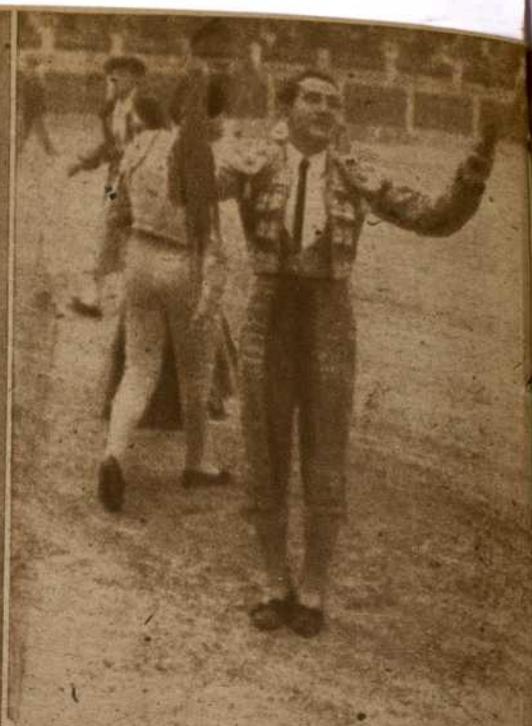
TOROS DE SALAS
CONCHITA CINTRON, MORENITO DE TALAVERA,
EL ESPARTERO y RAFAEL ALBAICIN



Conchita Cintrón dando la vuelta al ruedo después de su gran triunfo



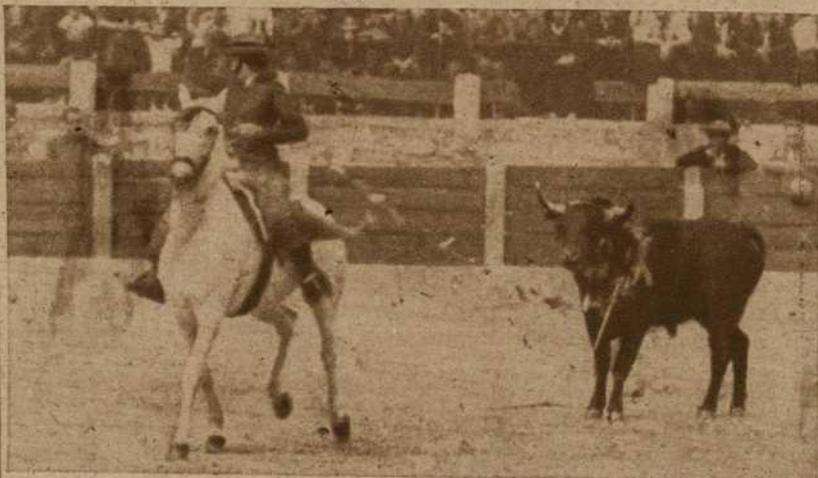
El torero mejicano El Espartero, entrando a matar, después de la faena, a su primer toro en la corrida de Jaen



Morenito de Talavera, que alcanzó un gran éxito, dando la vuelta al ruedo



La rejoneadora peruana en un momento de su actuación clava un rejón



Conchita Cintrón después de colocar un rejón, se adorna, mientras saluda a la afición, que le aplaude con calor



La rejoneadora peruana, disponiéndose a clavar un rejón



Arriba: Albaicín rematando de capa.— Abajo: El picador Aldeano Chico, en un gran puyazo el domingo en Jaén

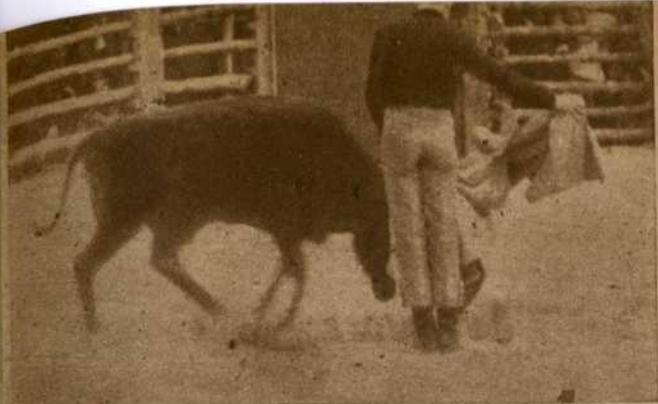


Arriba: Un buen par de banderillas de Morenito de Talavera.— Abajo: El mismo diestro en un adorno, tocando el pitón del toro (Fotos Mari)



Arriba: Un templado lance de Albaicín.— Abajo: Uno de los toros que arremetió contra la barrera, rompe unas tablas





Ángel Luis Bienvenida toreando de capa, en el festival de Oropesa



Los mozos de Lagartera desfilando por el ruedo



Domingo Ortega adornándose con el novillo que le tocó en suerte



Las cuadrillas haciendo el paseillo, con Conchita Cintrón a la cabeza



Los hermanos Bienvenida toreando de capa, al alimón



Domingo Ortega, que cortó la oreja saluda al público que le aplaude

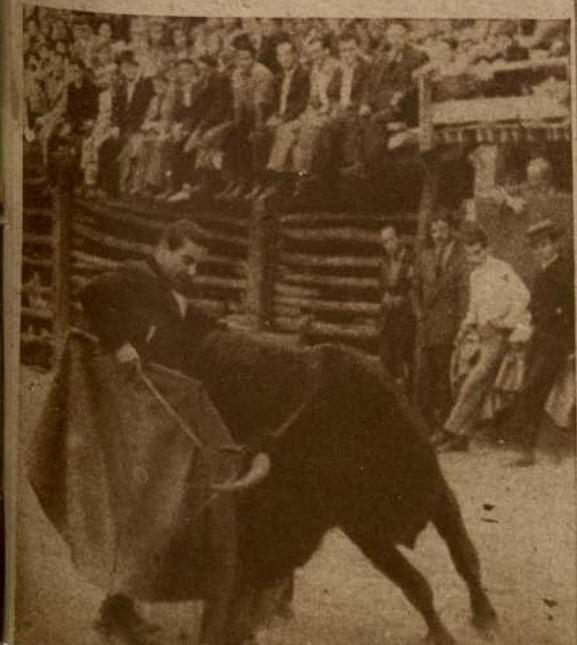


Conchita Cintrón, que alcanzó un gran éxito, dando la vuelta al ruedo



Antoñito Bienvenida con la oreja y el rabo, después de su gran éxito

Antoñito Bienvenida toreando de muleta, durante su faena



Conchita Cintrón, toreando al natural, en el festival de Oropesa

FESTIVAL EN OROPESA

CONCHITA CINTRON, ORTEGA, ANTONIO Y ANGEL LUIS BIENVENIDA

El ministro de Asuntos Exteriores presenciando el festival de Oropesa (Fotos Mari)



JOSELITO

CAPITULO XVI

ANALICEMOS, siquier sea brevemente, el carácter de Joselito, sin separar al principio al torero del hombre.

Era porfiado, voluntarioso y tenaz. Porfiado sin insensatez, porque su porfía era siempre lógica; tenaz sin rabia, porque su tenacidad era sólo constancia; voluntarioso sin caprichos pueriles, porque era un niño muy hombre.

Por influjo del medio en que nació y creció se hizo torero, y por firmeza y seriedad de propósitos se dio al torero con alma y vida. Como baila el gitano: por mimesis inconsciente y por impulso irrefrenable. Cumplió ante los toros lo que veía hacer a los demás toreros y torerillos de su tiempo, y lo mejoró con un instinto tan seguro que era casi como un poder misterioso de adivinación y le llevaba a resucitar antiguas suertes que a nadie pudo verle ejecutar nunca. Respetó al principio las normas que le dictaban sus hermanos acerca de lo que *no se podía hacer sin peligro*. Pero cuando vio a alguien —el nombre de Belmonte me acude en seguida a la mente y a los puntos de la pluma— hacer lo que *no se podía*, él también quiso poder lo imposible y logró convertir la ajena audacia en propia sabiduría. Así creo haber dicho que empezó a torear de capataz despegándose al toro y levantando la mano de la salida. Su compañero y rival lanceaba con las manos bajas, sobre todo al iniciar la suerte, y se embraquetaba, aun a trueque de salir derribado o suspendido. Al deseo de superación de Joselito le tentó aquella verónica, que entonces parecía inverosímil, y se ajustó a la manera nueva; pero como aplicaba meditación a la práctica, convirtió en dominio constante lo incierto y eventual, y le devolvió al iniciador transformado en certeza segura lo que en principio fué temeridad.

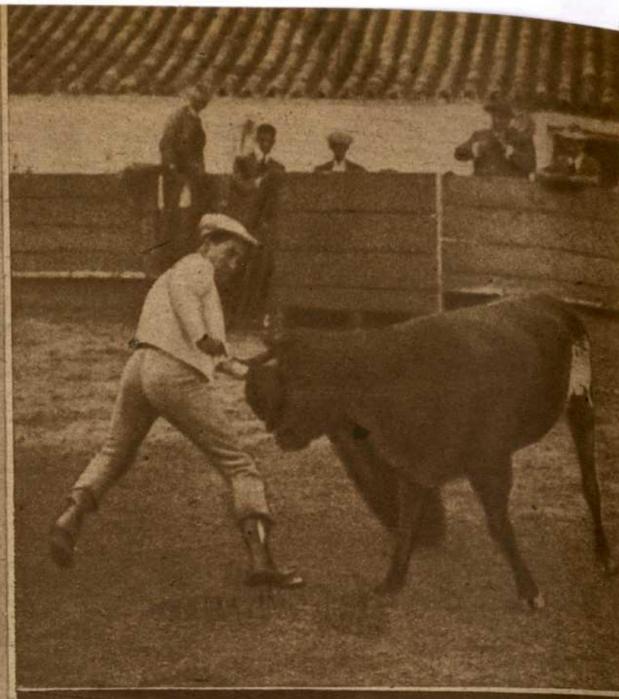
Joselito sintió, acaso sin pensarlo, que en lo humano lo repetido muchas veces no puede ser milagro, y sin fiar en la casualidad —por esa rara vez se tiró a

matar con valor y con fe, porque el valor y la fe no son siempre seguros— desconfió pronto todos los secretos del torero, que no los tuvo para él. Recogía de sus hermanos, y de toreros más viejos aún, la tradición hablada; pero dedujo que aún había más. Comprendió que el torero no había sido escrito, y aun sin poder apreciar, pero sintiendo, que era sólo una ciencia empírica, a fuerza de torear todos los días y a todas horas, estudiando en el toro, logró sacar ciencia segura de su experiencia. Al principio —hombre del campo, cazador, lidiador—, sin ninguna intención estética, pensó exclusivamente en vencer y engañar al enemigo, y no en divertirse con él. La palabra *enemigo* le llenaba la mente y le movía el ánimo. Eso, ante todo y sobre todo, era el toro para él: un *enemigo* y no otra cosa. Como lo había sido siempre para Guerrita; como lo fué después para Domingo Ortega. Se acercaba a los toros como los *donjuanes* sin corazón a las mujeres, para ser seductor y no seducido, y adivinó que a los toros, como a las mujeres, sólo se los vence siguiéndoles el humor. Su Dalila fué al fin, por fatalidad de su Destino, un toro negro que le cortó algo más que los cabellos: el hilo de la vida, porque llevaba entre los cuernos las tijeras de Atropos. Pero no es esto lo que ahora importa ni vale cortar estas consideraciones precipitando la narración de los hechos. Volvamos a la manera, al pensamiento, al temperamento del lidiador. Lidiador, que eso fué ante todo, pronto supo, como nadie lo supo mejor nunca, darle a cada toro su lidia.

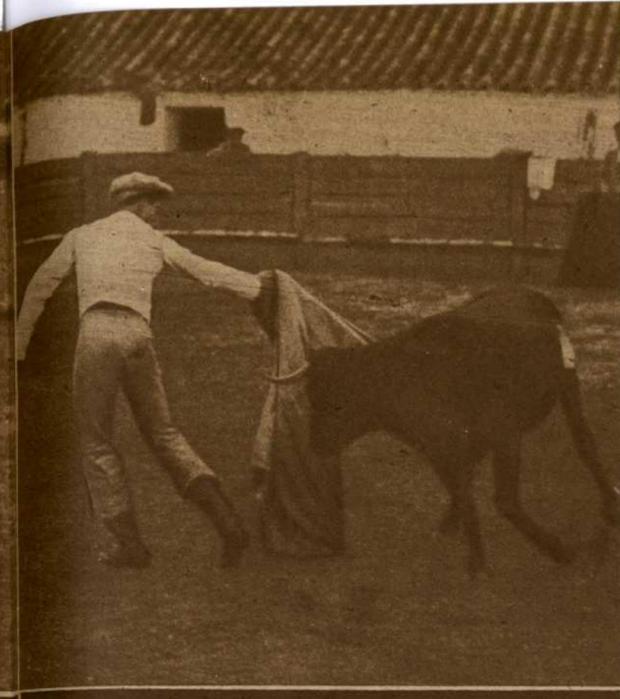
Como sus hermanos eran buenos banderilleros y le contaban que su padre fué maestro de muchos en dicha suerte, también él la cultivó, y se dio cuenta de que el parear era un lance del torero sin ninguna utilidad positiva. A los toros se los mataba con el capote, con la pica, con la muleta, antes de matarlos definitivamente con el estoque; pero las banderillas no servían para nada. Las banderillas no eran más que un juego, peligroso, pero juego al fin, y entonces sintió Joselito que el torero podía ser también un juego. Para toda la lidia el cazador se doblaba de artista, y como la conciencia y la victoria de su dominio le alegraban el ánimo, se le llenó de gozo todo su torero, y sin querer, por alegría que era a la vez diónica y apolínea, unió a la destreza la gracia y a la fuerza la levedad, y toreó con movimientos acompasados de música, en fugaces figuras coreográficas de friso animado, que se aquietaban, como suma, en una plasticidad estatuaría, y para ello le servían su compleción fisiológica, su esbeltez, su natural armonioso, su sentido del ritmo, congénitos atributos de su raza, según era un andaluz, alma de flor, de copla y de danza, un andaluz fino y sonoro como los que había cantado Rubén Darío. Para todo ello cultivó su cuerpo, y en eso era porfiado, voluntarioso y tenaz hasta

matar con valor y con fe, porque el valor y la fe no son siempre seguros— desconfió pronto todos los secretos del torero, que no los tuvo para él. Recogía de sus hermanos, y de toreros más viejos aún, la tradición hablada; pero dedujo que aún había más. Comprendió que el torero no había sido escrito, y aun sin poder apreciar, pero sintiendo, que era sólo una ciencia empírica, a fuerza de torear todos los días y a todas horas, estudiando en el toro, logró sacar ciencia segura de su experiencia. Al principio —hombre del campo, cazador, lidiador—, sin ninguna intención estética, pensó exclusivamente en vencer y engañar al enemigo, y no en divertirse con él. La palabra *enemigo* le llenaba la mente y le movía el ánimo. Eso, ante todo y sobre todo, era el toro para él: un *enemigo* y no otra cosa. Como lo había sido siempre para Guerrita; como lo fué después para Domingo Ortega. Se acercaba a los toros como los *donjuanes* sin corazón a las mujeres, para ser seductor y no seducido, y adivinó que a los toros, como a las mujeres, sólo se los vence siguiéndoles el humor. Su Dalila fué al fin, por fatalidad de su Destino, un toro negro que le cortó algo más que los cabellos: el hilo de la vida, porque llevaba entre los cuernos las tijeras de Atropos. Pero no es esto lo que ahora importa ni vale cortar estas consideraciones precipitando la narración de los hechos. Volvamos a la manera, al pensamiento, al temperamento del lidiador. Lidiador, que eso fué ante todo, pronto supo, como nadie lo supo mejor nunca, darle a cada toro su lidia.

Joselito en la Plaza. El diestro de Gelves espera la muerte de su enemigo



Joselito, en una fiesta campera, torea a una becerria en la plaza de la Haza



Otra instantánea de la misma fiesta en la que Joselito lució, ante muy pocos espectadores, su extraordinario arte



En las faenas de campo, dispuesto con la garrocha a tomar parte activa. Abajo: Una becerria nocturna en la que intervino José y su hermano Rafael



do, en la tina del baño, para estar como quería estar siempre, absolutamente limpio por fuera y por dentro. Y no era esa su única tortura obligada y voluntaria, que, cuando en el correr de sus viajes de triunfo en triunfo, le cantaban las sirenas, no sólo se puso cera en los oídos, como Ulises, sino que inventó cilicios indescriptibles. Parecía haber hecho su lema de dos versos de Rubén Darío —vuelvo a recordar a mi poeta, lo recuerdo siempre—, que tal vez no había leído nunca:

*La cuestión está en ser tranquilo y fuerte:
con el fuego interior todo se abrasa...*

En lo que se refería a su arte, Joselito tenía un gran sentimiento de orgullo que a veces exageraba de soberbia, y otras, sin serlo nunca, por exceso de amor propio, parecía vanidad. Le inquietaba y hasta le afligía cualquier juicio adverso de los críticos. Deseaba, porque creía y sabía merecerlo, el reconocimiento absoluto de sus méritos. ¡Yo soy el mejor! —me dijo muchas veces— y quería mandar en todo: en el toro, en los toreros, en los empresarios, en la admiración de los públicos. Y no por codicia ni capricho tirano, sino por conciencia de su valer excepcional. La aflicción por las censuras le duraba poco, eso sí. Muchas mañanas, después de leer en el lecho los reparos de algunos revisteros, se iba al baño, silencioso y mohino, para salir luego fresco y alegre, como si el agua le hubiera devuelto el ímpetu y la seguridad en sí mismo, y ante el espejo se fricciónaba los brazos, el tórax, los muslos, y hacía flexiones, vigoroso y elástico, y me decía:

—¡Déjalos que escriban! Mientras yo esté fuerte, mientras pueda con el toro como no ha podido nunca nadie, nadie nunca podrá conmigo. ¡Nadie! — y se ponía a torear al aire con la toalla.

El público le cobró a muy caro precio su segu-

Apuntes para una biografía

Por FELIPE SASSONE

la privación y el sacrificio. Siendo como era cuidadoso de su tocado y de su aseo personal, algunas veces, en el campo, y esto lo vi yo mismo y no me lo contaron, cuando tras haber toreado hasta el anochecer sabía que había de volver a hacerlo, muy de mañana, al día siguiente, porque aun quedaba ganado que tentar y retentar, al despojarse de todo para buscar descanso en el lecho, conservaba los botos camperos, porque se le hinchaban los pies en la faena, y aun mucho más, libres, en el reposo, y una vez que se descalzó por la noche no pudo volver a calzarse por la mañana. Con los botos puestos y el camisón de dormir —todavía entonces no usaba pijamas— lo vi tres noches seguidas, hasta que a la alegría de haber terminado la faena pudo unir el placer inmenso de libertar sus pies prisioneros y sumergirse, íntegro, exacto y desnudo, en la tina del baño, para estar como quería estar siempre, absolutamente limpio por fuera y por dentro. Y no era esa su única tortura obligada y voluntaria, que, cuando en el correr de sus viajes de triunfo en triunfo, le cantaban las sirenas, no sólo se puso cera en los oídos, como Ulises, sino que inventó cilicios indescriptibles. Parecía haber hecho su lema de dos versos de Rubén Darío —vuelvo a recordar a mi poeta, lo recuerdo siempre—, que tal vez no había leído nunca:

ridad. Al público le molestaba aquella facilidad, de la cual no acertaba a ver lo difícil, y sentimental y emotivo, como había preferido antaño las piernas de trapo de El Espartero a las piernas de acero de Guerrita, prefería entonces el torero trabajador y peligroso de Belmonte al desahogado y fácil de Joselito.

Generoso y entusiasta, y contento de su entusiasmo y de su generosidad, el público no podía alegrarse lo mismo ante el torero de Joselito, porque sentía al aplaudirle el descontento de no regalar su aplauso, sino de pagar un tributo.

Por otra parte, el Destino le demostró pronto, al público y al propio torero, cómo ni era tan cierta ni servía para nada su seguridad. Porque a Joselito lo mató un toro. Y ahora me corta el hilo de estas reflexiones la frase que me canta constantemente en el recuerdo como único *leit motiv* entre las notas de estos desordenados apuntes.

En capítulos venideros seguiremos hablando del carácter del hombre, separándolo hasta donde es posible del carácter del torero, para volver a éste al narrar al fin la tragedia y explicar sus causas.

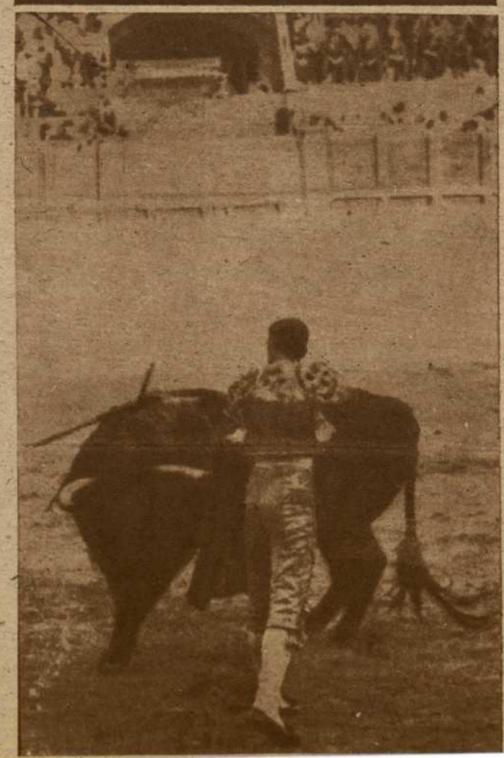
Pero no quiero trastornar del todo el orden relativo de estos apuntes ni abreviarlos con exceso, y para capítulos siguientes dejaré ambas cosas. Hablaremos de su carácter, del que tanto se ha dicho, si era avaro o dadivoso, si era dulce o áspero, si era reservado o comunicativo, que todo eso era a la vez, y copiaré frases que oí de sus labios y contaré alguna anécdota que revele su manera de ser, y antes de llegar en fin al capítulo de su muerte, con lo que puede observar y adivinar, os diré todo lo que oí, lo que vi y lo que puede decirse.

Pero ahora la tristeza me detiene la pluma, porque me llora en el corazón la frase del *leit motiv* que todavía me parece mentira:

¡A Joselito lo mató un toro!

(Continuará)

Un adorno de Joselito durante una de sus famosas faenas



CUANDO Alejandro Ferrant y Fischerman empieza por una inclinación hereditaria y temperamental a manejar con acierto los pinceles y a pintar cuadros que han de destacar ya en públicas Exposiciones, corre el año 1862, que marca los diecinueve de su edad, tan tempranamente dedicada con todo fervor al arte.

Vientos de fronda traen de toda Europa cierta influencia que pretende ser modificadora. El aire, el ambiente pictórico, como toda la organización artística y social del país, está un tanto enrarecida, quizá agobiadoramente sujeta a cierto espíritu revolucionario que quiere imponerse, y se impone, marcando una fase o período que nada en resumen viene a resolver por cuanto el nuevo sistema sentimental que pretende marcar pautas no hace sino retrotraerse a las formas y estilo clásicos, dando a la pintura una derivación ya conocida y consolidada al través de los tiempos. Quedaba en la innovación, más que el estilo y procedimiento, el tema, ese sí, sujeto a un estado moral del momento, que se reflejó cumplidamente en el arte y en la literatura española. El romanticismo se impone y es inútil el querer evitar el contagio. Está en el aire que se respira y en el ambiente que se vive. Mas no se crea tampoco que todos los pintores acogieron con júbilo la modalidad representativa de aquella época. Hubo quienes disintiendo de la opinión y pensamiento general trataron de soslayarle o por lo menos de no sentirse dominados y esclavos de él, ya que apartarse era punto poco menos que impotible.

Alejandro Ferrant, que ha estudiado y seguido las enseñanzas de su tío y maestro Luis Ferrant, siente el clasicismo, el influjo de la buena técnica, que se consolida y reafirma en su estancia en Roma como pensionado. Mas es curioso el observar cómo aquellos pintores del XIX que cultivaron con aprovechamiento y acierto la pintura de historia y religiosa no pueden sustraerse a la influencia o seducción del tema taurino, acaso por lo profundamente españolista o más aún por lo que está firme-



...Palmas y cigarros. Acuarela de Alejandro Ferrant, con la que este notable pintor contribuyó a aumentar los temas taurinos en la pintura española

mente ligado a las costumbres populares. Y así Alejandro Ferrant, que dió a su obra pictórica un tono señorial y aristocrático, que dejó para las generaciones futuras lienzos como *San Sebastián encontrado por los cristianos en la cloaca Máxima de Roma*, *La última comunión de Fernando el Santo*, *Martirio de San Servando y San Germán*, *La Sagrada Familia* y no pocos cuadros de Historia, no desdeña pulsar la nota española en sus escenas de toros, que forman, con otras populares, una serie de interesantísimo relieve. Es decir, que a la escuela clasicista no le perjudica la influencia torera del ambiente. Tan española es la fiesta, que incluso los no aficionados se sienten dominados por ella. La

atracción del asunto llega hasta los partidarios de los toros, y sintiéndose prendados, enamorados del asunto, buscan sin querer, sin poder evitarlo, en las faenas, en el retrato del diestro, en la

brillantez y colorido del traje y del capote de paseo, en la luz del ambiente y en lo atractivo del tema, el motivo de muchas horas de trabajo. Y así se da como resultado el que los toros se hallen firmemente ligados a la pintura española, que ve a lo largo de los últimos años de su historia prodigarse el asunto, colocándolo en el primer plano de la curiosidad e interés del artista.

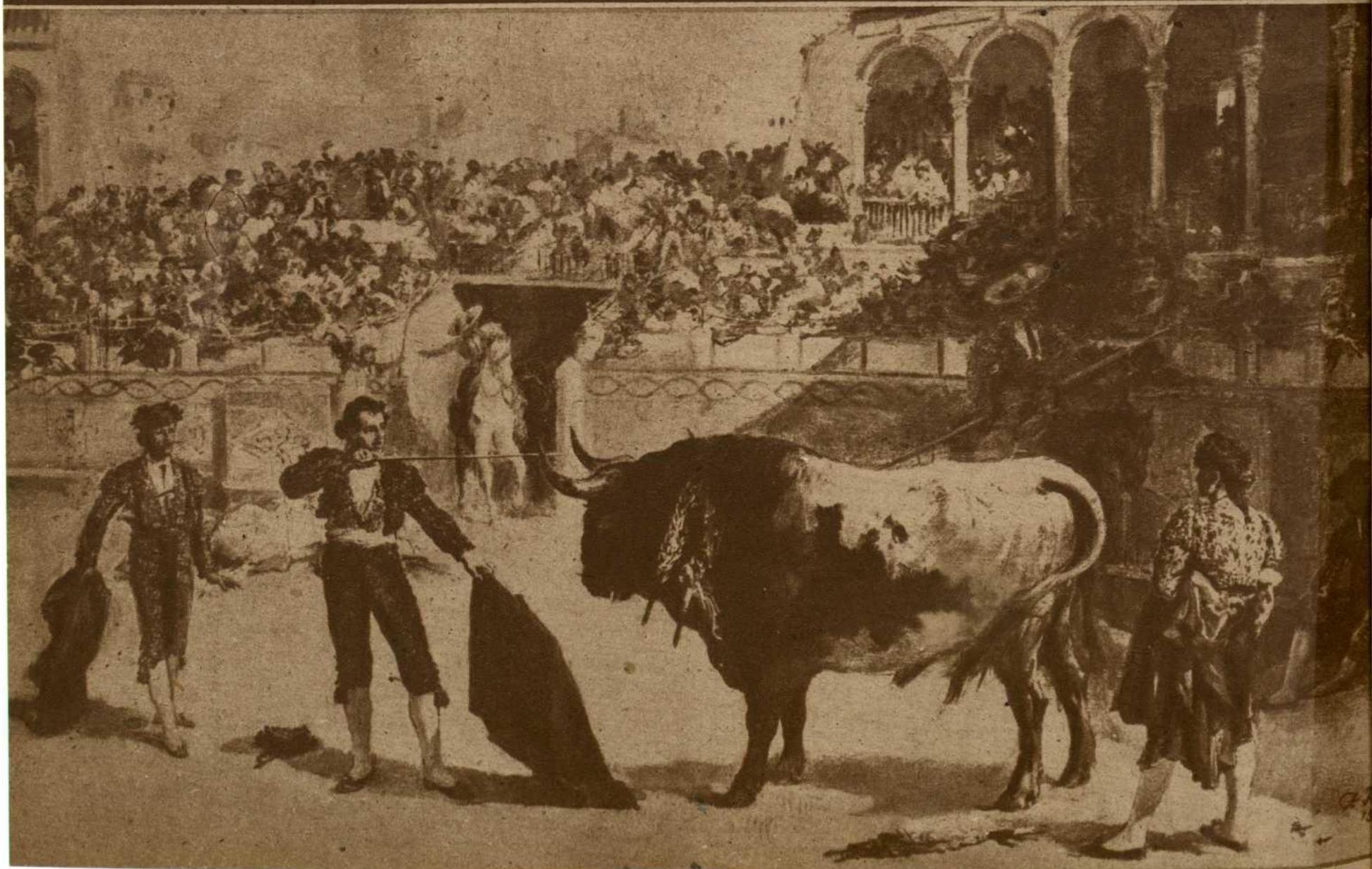
Ferrant, que ha conseguido ya máximos honores, cuyo prestigio rebasa nuestras fronteras, se acoge al tema de toros y directa o indirectamente busca en la fiesta o en sus cultivadores el motivo de muchos de sus cuadros. ¿Acaso porque sabe que muchos grandes pintores que le precedieron pintaron sobre los mismos? No. Así como les era imposible a los pintores y literatos alejarse del tema romántico, que lo sentían vivir en torno a ellos, les fué imposible el evitar que lo popular, venciendo sus privativas aficiones o entusiasmos, no les hiciera sentirse prendados de cuanto nacional y castizo lleva la fiesta de toros en sí. Y así surgen *Una maja*, *A los novillos*, *En el palco* y otros más que harían interminable esta relación periodística.

EL ARTE Y LOS TOROS

Alejandro Ferrant y su visión pictórica de la fiesta

Por MARIANO SANCHEZ PALACIOS

Otro de los cuadros de Alejandro Ferrant y Fischerman, en el que el pintor se ha dejado seducir por el tema taurino



Para JARDIEL PONCELA los ruedos son demasiado grandes y los toros demasiado pequeños EL GRAN PELIGRO DE LA MONOTONIA DEL ESPECTACULO

UN autor excepcional como Jardiel Ponce- la, cuya originalidad y modo personalísimo de hacer teatro están reconocidos unánimemente, tenía que ser también un espectador taurino fuera de lo vulgar. Jardiel es un humorista. Pero no sólo en sus obras, sino en su conversación: El humor es una postura ante la vida. No sé quién lo dijo, pero ahí queda. A nosotros, el humor nos parece algo muy importante. En el humorismo de Jardiel se encierra mucha filosofía. Una charla con él es como dar lección de alegría con un profesor que nunca se enfada. Es lógico, y era de esperar, que Jardiel nos diera sobre los toros y los toreros unas respuestas especiales, las respuestas que no pueden ser de nadie más que de él. Jardiel va mucho a los toros, pero...

—Pero yo no sé una palabra de toros.

De toros, no sabe nadie nada. Ni siquiera el toro. A mí me gustan las corridas buenas, pero tienen que ser muy buenas; si no, me aburro desde el primer toro. Sin embargo, uno ha pagado para no aburrirse. Yo tengo un procedimiento para no aburrirme nunca. Si la corrida es monótona, lo que ocurre, por lo menos para mí, muchas veces, me dedico a llevarles la contraria a los espectadores de tendido alto.

—¿Y qué es lo que hace usted?

—Me levanto y les digo que no. «No es eso!», les grito, al mismo tiempo que agito el brazo derecho con un amplio ademán de desaprobación. Ellos se indignan mucho, se levantan, me gritan y yo lo paso muy bien al ver cómo se congestionan y se irritan. Además, como están tan lejos, no hay peligro físico ninguno.

—¿Dónde vió usted una corrida por primera vez?

—Pues en Tudela. Toreaban Ortega y un novillero tuerto, que vestía de negro. ¿Quién sería? Ya entonces saqué una impresión que ha aumentado mucho en estos tiempos. Me pareció el ruedo demasiado grande y el toro demasiado pequeño. Yo creo que debía ser al revés: los toros más grandes, y los ruedos, más pequeños. Tengo más simpatías por el toro, porque soy muy sentimental. Creo que el toro está demasiado indolente y que el torero acumula demasiadas ventajas. También estimo que el toro se ha simplificado demasiado y que esta simplificación le ha llevado a la monotonía. Creo que se divertían mucho más los espectadores antiguos, aquellos que vieron a los toreros realizar las suertes que ya no se practican. Por ejemplo, el salto de la garrocha. También era muy emocionante el poner banderillas en silla, porque siempre

salía la silla volando por un lado y el torero por otro. Desde luego, la fiesta tenía una variedad que hoy ha desaparecido. Como ha desaparecido, con gran pesar mío, Don Tancredo.

—¿Don Tancredo?

—Don Tancredo era genial. Fué el precursor de muchos toreros de hoy.

—¿Ha sentido usted alguna vez la tentación de emular a los diestros?

—No; nunca. Ni siquiera he tenido jamás un capote entre las manos para lancear al toro de nuestra fantasía. Sólo he llegado a saltar la barrera, cosa que hacía siempre antes, al terminar la corrida, cuando dejaban bajar a los espectadores al redondel.

—Y en sus viajes a América, ¿ha visto usted festejos taurinos?

—No, porque en los países en que he estado, las Sociedades Protectoras de Animales impiden la celebración de corridas. Sin embargo, encontrándome en los Estados Unidos, unos toreros españoles se propusieron dar un espectáculo que se aproximara en lo posible a una corrida de toros. Tuvieron que vencer no pocas dificultades. Lo primero que les exigieron es que los toros estuvieran amaestrados. Entonces pusieron los dos novillos con seis cabestros y uno de los diestros se paseó entre ellos tranquilamente, para convencer a la comisión que había ido de que no hacían nada. Luego dijeron que había que torearlos dentro de una jaula y hubo que construirla a toda prisa. Cuando ya parecían vencidos todos los obstáculos, dijeron que las capas no podían ser rojas, porque este color excitaba a las fieras, y les hicieron torear con capas verdes, seguros de que los toros se creerían que era hierba y acudirían con facilidad, creyendo que les iban a dar el pienso... En fin, las cosas que pasan por ahí fuera...

—Siendo usted tan humanitario, será un detractor de la suerte de varas.

—Lo que ocurre es que no se hace como se debe hacer. El caballo debe salir sin peto, y el picador, que para eso tiene la puya, ha de proceder con habilidad para que la bestia no sea alcanzada. Hay cosas que no se las acaba uno de explicar. Usted ve a un espada que porfía y porfía para conseguir que el toro pase por debajo de su muleta. Bueno, pues cuando ya ha conseguido esto, cuando ya lo ha amaestrado, entonces va y lo mata. ¿Es esto explicable? Otra cosa, también muy extraña, es lo que sucede con los picadores cuando se caen de cabeza y parece que se han abierto el cráneo y luego se levantan tan frescos y se ponen a beber agua del botijo. No lo entiendo.

—¿Qué influencia han tenido los toros en su labor literaria y teatral?

—Muy escasa. De toros, sólo recuerdo haber escrito, hace lo menos veinte años, en una serie de «Cartas al tío Robbie», que se publicaron en *Informaciones*, un artículo en el que explicaba, desde mi punto de vista, lo que es una corrida. En una de mis obras aparecía un loro que se llamaba «Manolete», y en «Un marido de ida y vuelta», el protagonista está toda la obra vestido de torero, porque ya sabe usted que se trata de un hombre, que muere en un baile de trajes, al que ha ido vestido de torero, y cuando vuelve al mundo lo hace, naturalmente, con esa misma indumentaria.

—¿Cuál es su torero?

—No voy a señalar a ninguno. Me gusta el toro castellano, tal vez porque yo soy castellano. Ortega, Lalanda, Vicente Pastor... Los toreros, gra-



Savoi

ves, como deben ser, sin adornitos, porque el toro es una cosa muy seria. Toda la fiesta es seria y sin vacilar la prefiero y la comprendo mejor que el fútbol. Me explico el apasionarse por uno, pero no por once. Entre la escuela sevillana y la rondeña, me quedo... con Córdoba. Los toreros cordobeses son más profundos, más ponderados. La pasión, en los toros me parece algo magnífico. A las multitudes hay que hacerlas discutir por algo, para que se entretengan y las discusiones taurinas jamás traerán, como las de otra índole, consecuencias desagradables para el país. Por ello debe fomentarse esta pasión y declararla de utilidad pública.

—¿Qué es lo más difícil del toro?

—Lo más difícil del toro es eso: torear, ponerse delante del toro. También ser toro es bastante difícil. La muleta no es fácil tampoco; pero el toro llega a ella demasiado cansado. Claro que si no fuera así, no se podrían hacer las cosas que se hacen hoy con la franela. Sería imposible.

—¿Le falta o le sobra algo a la fiesta?

—Yo echo de menos esa variedad de que le hablaba antes. El espectáculo está cayendo en la insistencia, en la repetición... Llegaremos a cansarnos, si no se introducen nuevos aspectos y detalles. La verdad es que yo casi prefiero, a ver una corrida, ver correr el toro de la soga, en Aragón. A este toro se le atan unas cuerdas y tiran de ellas los mozos en dirección contraria a la que quiere empujar el cornúpeto. Y lo bonito es cuando el toro se suelta y entra en las casas y en la botica. Tampoco es mal número el de verlos torear con una tabla de las que llevan, en la parte de atrás, para sujetar la carga los carros, y con un gran cesto del revés con el que intentan que el toro meta la cabeza en él, cosa que no se ha conseguido hasta ahora, porque cuando ya parece que está, el cesto y el cesterero parten hacia las alturas...

—¿Y... qué más?

—Nada más. ¡Ah, sí! Que tengo muchas ganas de ver una corrida desde la barrera, que es desde donde se deben ver. Estoy pensando pedirselo al señor Plaza o al señor Cartier. ¿Cree usted que me autorizarán?

—No lo sé. Dejaremos la pregunta en EL RUE- DO, a ver qué pasa.

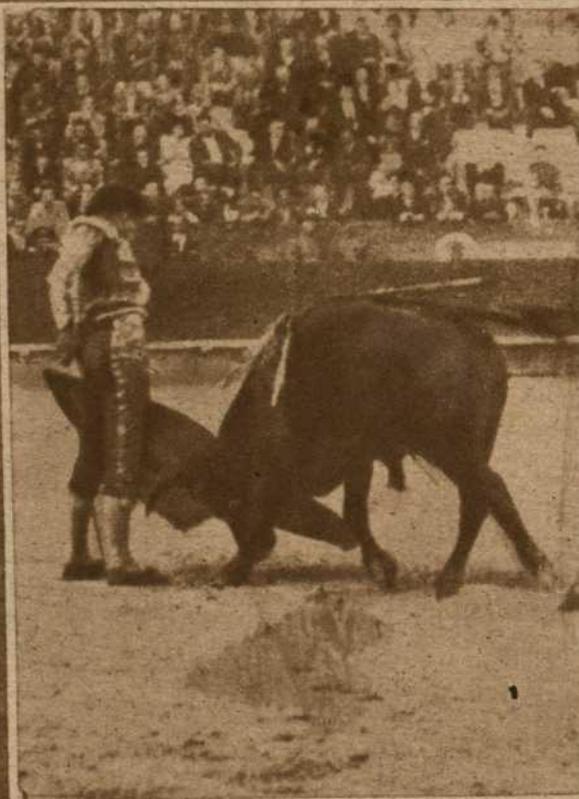
Y como quien somos, cumálimos.

CARTEL DE CORDOBA

ANDALUZ CHICO, LICEAGA y BELMONTEÑO con novillos de José de la Cova



Liceaga dando la vuelta al ruedo con las orejas de su primer toro



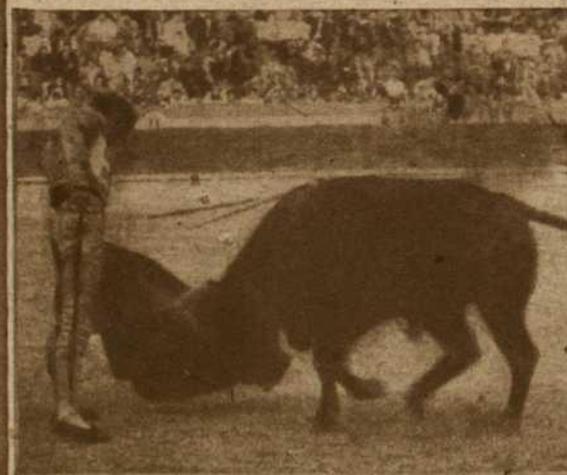
Un magnífico natural con la izquierda, de Eduardo Liceaga, a su primero



Andalu Chico toreando de capa al primero de la tarde



Un muletazo por alto de Andalu Chico a uno de sus toros



Belmonteño toreando con la izquierda a su primer enemigo



Un ajustado muletazo por alto de Belmonteño

NUESTRA CONTRAPORTADA

ANGEL PASTOR



ANGEL Pastor nació en Ocaña (Toledo) el 15 de junio de 1850. Desde muy niño se trasladó con sus padres a Aranjuez, donde pusieron una fonda en la que paraban muchos toreros y se reunían numerosos aficionados a la fiesta nacional. De este ambiente nació la vocación

taurina de Angel Pastor. El roce diario con toreros, las conversaciones de los aficionados y siempre oyendo hablar de toros, originó su determinación de ser torero, pese al firme impedimento que pusieron sus padres, que querían que estudiara una carrera. Pero todo fué inútil. Pastor quería ser torero y no le gustaba estudiar. En vista de esto, fué colocado en una imprenta, en la cual se hacían toda clase de carteles de toros y programas de las corridas. Ni que decir tiene que la imprenta era frecuentada por toreros y empresarios, que al conocer los deseos del muchacho, le animaban en sus propósitos e incluso le ayudaron. Merced a esto, empezó a asistir a una escuela taurina, en la que se lidiaban becerros, para después recorrer diversos pueblos como novillero.

Más tarde se presenta como banderillero y lo hace en Madrid por el año 1869. En 1871 pasa a tomar parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz, que al poco tiempo, dándose cuenta de las condiciones de Pastor, le hace figurar en los carteles como sobresaliente de espada. También toma parte en algunas novilladas de invierno, ya como matador.

Toma la alternativa el 22 de octubre del año 1876, de manos de Lagartijo. Su primera corrida como matador de toros fué elogiada por la Prensa, y alternaba nada menos que con Lagartijo, Frascuelo y Chicorro. Fué aplaudido en sus dos toros y demostró su indiscutible conocimiento en el arte de Cúchares. El mayor éxito de su vida taurina fué en Málaga, toreando con Lagartijo, mano a mano, reses de Murube. No tuvo tanta suerte en Madrid, ya que en la temporada 1879, si bien algunas tardes estuvo afortunado, en cambio, la mayoría fueron fracasos. La última corrida que toreó Pastor en Madrid fué el 14 de septiembre de 1890; después lo hizo por provincias, hasta sumar siete. Al siguiente año toma parte en otras ocho corridas, también por provincias. En 1893 se retira de los toros y se marcha a vivir a Aranjuez, donde falleció el 7 de abril de 1900, a consecuencia de un desgraciado accidente al desbocársele la jaca que montaba.

Angel Pastor fué un buen torero, a quien perjudicó la época de esplendor de nuestra fiesta nacional. Era persona de aficiones cultas y trato esmerado, mereciendo la estimación de cuantos le conocían.

BALSAMO HAZUL
Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)

UNA TEMPORADA POPULARISIMA EN LAS VENTAS

ESTE proyecto del empresario Cristóbal Peris es magnífico y merece todos los elogios de la afición, porque Peris, hombre valiente y decidido, está dispuesto a saltar sobre ese puente invernal que va de noviembre a marzo, ofreciéndonos una temporada taurina, regida por el dinamismo de este hombre, al que no le asusta ni la incertidumbre del tiempo.

Si este proyecto —realidad posiblemente ya el próximo domingo— en principio es bien merecedor de nuestros elogios, aun es más digno de destacar el sentido que preside en él.

Se trata de colocar la Fiesta al alcance de todas las fortunas, con un abaratamiento total en el precio de las localidades. Y también —motivo loable— se quiere colocar la Fiesta al alcance de toda esa pléyade de muchachos que quieren ser toreros y a los que tan pequeñas posibilidades se les ofreció en esta temporada.

Hay que hacer al torero, hay que darle toros y ocasión para que se le conozca. Esto es lo que se propone el señor Peris. Se propone algo más: ir a la busca de este torero que todos esperamos y que necesariamente tiene que surgir de esa fila apretada de muchachos que viven en el anonimato. Pero Cristóbal Peris, además, ha sabido ver el tentador proyecto. Fácil, muy fácil era caer en el negocio vulgar, de la clásica novelada, y de eso es lo primero que sintió comeción por alejarse el señor Peris. Novilladas económicas, sí; presentación de nuevos valores, también; pero noveles, no. El aficionado merece un respeto, y esta temporada invernal tiene que sujetarse a la categoría de la Plaza madrileña. Buen ganado, de presencia y bravura. Y toreros que hayan triunfado en provincias, para que refrenden sus éxitos en las Ventas.

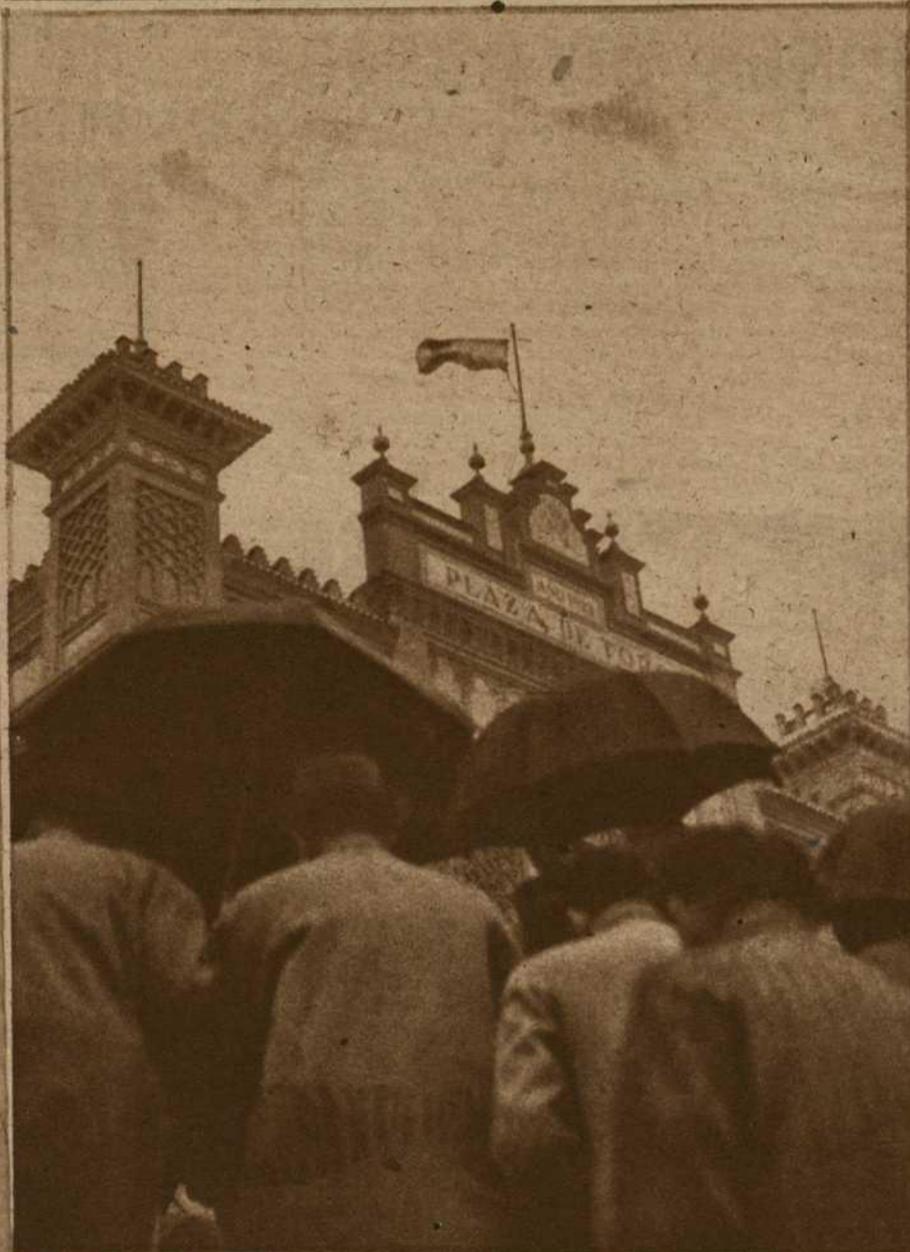
Esta temporada —basta ver las estadísticas— se han dado muy pocas novilladas. Posiblemente, no se llegó a la cuarta parte de las novilladas que se dieron en otras temporadas, y esta escasez de festejos han colocado en el abandono a muchos valores que empezaban y a otros que no pudieron llegar así a florecer.

La campaña invernal de Cristóbal Peris ampara a unos y otros. Esta es la idea que presidió este magnífico proyecto.

Ahora lo que hace falta es que surja el fenómeno. Por lo demás, el aficionado ya tiene cubierto ese paréntesis de temporada a temporada.

Toros en invierno y valores nuevos.
¡Qué buen programa!

TOROS en INVIERNO



El aficionado, el bueno, no teme al agua ni al frío. Nada ni nadie puede alejarle del tendido. Y este invierno, contra todos los rigores del tiempo, tendrá su temporada también en las Ventas.

EN LA PLAZA MADRILEÑA REVALIDARAN SUS EXITOS TODOS LOS TOREROS QUE EMPIEZAN

Hemos abordado al señor Peris en plena calle de Alcalá:

—¿Quiere hablarme de su temporada de invierno, don Cristóbal?

—No tengo el menor inconveniente— me respondió llanamente.

Me coloqué a su paso y pregunté:

—¿Definitivamente, estas novilladas se celebrarán por la mañana?

Sorprendió la pregunta al señor Peris.

—No; por la mañana, no he dicho yo nunca que vayan a celebrarse. Esta campaña invernal se celebrará por la tarde. Todos los domingos, por la tarde.

—¿Y no le asustan los rigores de la época que se avecina?

—Algún riesgo había que correr. Y este riesgo no me asusta. Tengo la seguridad de triunfar en mi proyecto.

—¿Qué razones le impulsaron a proyectar esta temporada de invierno?

—Consideraba injusto que los aficionados, durante los meses de invierno, se quedasen sin toros y también he considerado injusto que toda esa gente nueva, con méritos y con garantía para no hacer el ridículo, se quedara sin torear en esta temporada. Se

DESFILARAN POR ELLA TODOS LOS NOVILLEROS QUE TRIUNFARON EN PROVINCIAS

han dado muy pocas novilladas este año, y muchos que prometen no han podido, no ya destacar, sino torear. Había que darles alguna facilidad, y yo se la ofrezco con esta temporada de novilladas económicas, en la que presentaré a todos estos nuevos valores.

—Una verdadera selección de toreros que empiezan, para que podamos verlos luego, con caballos, ¿no es esto?

—Así es. Algo así como una escuela de preselección, en la que se tamizarán las condiciones de estos muchachos, frente a novillos de casta y frente a la gran apelación del aficionado madrileño.

—¿Formación también de aficionados?

—De rechazo, también, porque no hay que olvidar que los precios actuales no son precisamente los mejores para fomentar la afición, toda vez que la juventud no está en condiciones de resolver el problema de las localidades, y con esta campaña...

—¿Temporada auténticamente popular?

—Mejor que popular, popularísima. Esta temporada invernal está al alcance de todos. Y la juventud, por muy poco dinero, podrá ocupar una localidad en las Ventas. Y a la vez que se hacen toreros, se irán haciendo aficionados.

—¿Quiere decirme el precio de las localidades?

—Hemos establecido una entrada general, con un precio único, lo mismo para el tendido de sombra

que el de sol, que el alto, que el bajo. Sólomente las barreras y las contrabarreras tendrán otro precio.

—¿Y esa entrada general?

—Se podrá adquirir por cinco pesetas los caballeros y por una las señoras.

—¿Y da principio esta temporada?...

—El próximo domingo, si la Empresa de Madrid no organiza nada, y en caso contrario el día 4 de noviembre.

—¿Terminará?...

—En el mes de marzo.

—¿Qué ganado se lidiará?...

—Novillos de las ganaderías Pacheco, Hermanos Rodríguez, Encinas, Herederos, de Coaleda y de otros.

—¿Qué toreros formarán el cartel inaugural?

—Un valenciano; Jaime B. Torres; Manolo David, sobrino del banderillero, y José Salvador, Pepe Hillo, estos dos últimos ya conocidos en Madrid, por haber actuado con éxito en las nocturnas. En esta novillada se lidiarán reses de la ganadería de los Hermanos Rodríguez.

CRUZ ERNESTO FRANQUET

TAUROMAQUIAS

LAS CONCESIONES DE OREJAS

Por JOSE MARIA COSSIO

UNO de los temas de lamentación de los aficionados proveyos y melancólicos es el de la frecuencia con que se conceden a los matadores de toros galardones de orejas y rabos, en oposición a la seriedad y al rigor con que entonces, en otros tiempos, se discernían tales trofeos. Hay en esto un poco de exageración y un fondo de verdad. Es cierto que en Plazas como Madrid y Sevilla tales concesiones no existían, y cuando empezaron a otorgarse fué con parsimonia y exigencias que convertían tal premio en recompensa excepcional, que otorgaba categoría. Pero en Plazas provincianas la costumbre era, aproximadamente, la misma de ahora. Precisamente en 1914, cuando se contaban con los dedos de la mano los matadores

facción de ver que los toros son toros, y bravos; que los toreros han puesto a contribución su voluntad y han logrado un nivel de arte en sus faenas congruentes con sus medios, es natural que el público se entregue rendidamente al entusiasmo y prodigue galardones generosamente. Porque el mérito que se premia es, en parte muy grande, de los diestros. Las faenas podrán ser discutidas, pero lo indiscutible es que el esfuerzo por crear ese clima benigno es de ellos; que ellos han conseguido poner al público en situación de benevolencia, y si el galardón es excesivo para ésta o la otra faena, consideradas aisladamente, es justo como premio del esfuerzo y del acierto que colocar al público en tal tensión supone.

Precisamente el error, creo que más grave, en los años



El público, en pie, agita los pañuelos reclamando la oreja para el torero que les ha emocionado con su faena valiente o artista

que habían cortado oreja en Madrid, publicaba el famoso semanario «Thé Kon Leche» una caricatura de Joselito, con este pie:

*Joselito, cuando viaja,
necesita dos bateas:
una, para la cuadrilla,
y otra para las orejas.*

El público siempre ha estado dispuesto a premiar un rato de diversión con escaso sacrificio, como el de ondear un pañuelo entre gritos y algazara, que viene a ser parte de la diversión misma. Creo recordar, sin embargo, una diferencia muy significativa entre las viejas y las nuevas costumbres. Entonces el entusiasmo del público, y como adhérala orejas y trofeos, lo monopolizaba la estocada, que si coronaba espectacularmente una faena mediocre, era suficiente título para tal recompensa. Hoy, en cambio, hemos visto ondear los pañuelos antes de que el matador se perfile a matar, y aun antes de que coja la muleta. Pero esto es excepcional, aunque no el que se recompensen estocadas defectuosas por la ejecución o por el resultado.

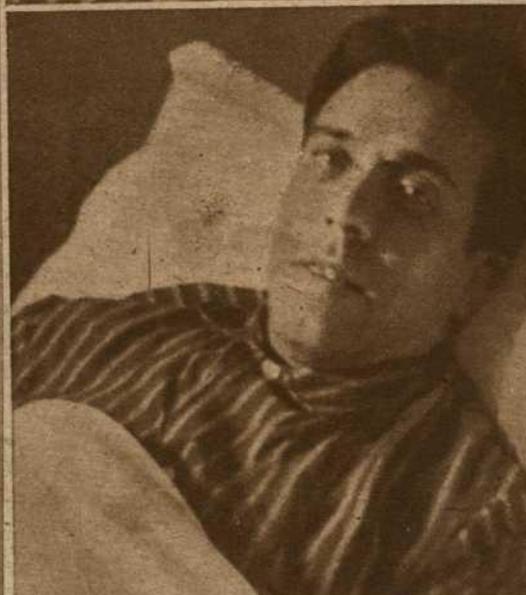
Pero no es de esto de lo que quisiera hablar, sino de la razón por la que el público unas veces se muestra excesivamente severo y otras está abierto a la benevolencia y a la esplendidez. Recientemente, en Madrid, hemos visto una corrida en la que los tres matadores han cortado orejas, y ciertamente, un aficionado exigente hubiera podido poner peros razonables a las tres concesiones. Y, sin embargo, yo, que soy aficionado proveyo y que tendría razones para serlo melancólico, encuentro que estuvieron justificadas tales concesiones, y me propongo razonarlo brevemente. Para el entusiasmo del público, para la alegría sin espinas que provoca tales explosiones de aplausos, es preciso un clima propicio. El disgusto del público por circunstancias distintas, aunque no ajenas, a lo que sucede en la Plaza, puede ser vencido, y lo es muchas veces, por lo eminente del arte de los diestros; pero siempre hay que vencer un escollo previo, lo que ofrece más o menos dificultades. En cambio, cuando el público se encuentra a gusto en la Plaza; cuando a ello se une la satis-

facción, es tratar de juzgar a diestros y faenas en frío, lejos de la ocasión y, sobre todo, del entusiasmo de la Plaza. En la mesa del café, ante las cuartillas, pasadas horas de las faenas, es fácil poner reparos y ordenar teorías. Pero en el calor de la Plaza, ante el riesgo y la gallardía del diestro, el más cauteloso acaba por entregarse incluso al tipo de tореo que en sus razonamientos fuera del coño es más opuesto a su concepción del arte. Yo no sé si esto es una ventaja o un inconveniente.

Baste la afirmación reconocedora del hecho de que la justicia de la Plaza es siempre impulsiva, no reflexiva, y contra este hecho no caben razonamientos ni teorías. Así, pues, las orejas así concedidas, bien concedidas están; si el torero no ha cuajado una faena excepcional, dignamente rematada, no se le puede negar el mérito de haber puesto al público en tal disparadero. Y ésta no es empresa vulgar ni al alcance de todos ni de todos los momentos.

EN EL SANATORIO

CARNICERITO DE MEJICO cura de sus heridas



Carnicerito de Méjico cura de sus heridas en la clínica del doctor Olive Gumá, de Barcelona. El valiente matador mejicano pronto estará a punto para reanudar el ejercicio de su profesión

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

FUTBOL EN LA MAESTRANZA

DESDE que el fútbol hizo su aparición en España, el balón empezó a circular de unos pies a otros, hasta llegar a los de los toreros. Hoy, en invierno, nuestros astros coletudos juegan sus partidos y ganan reñidos encuentros. Pero salen al campo vestidos como otro futbolista más, como si acabasen de fichar por un Club de primera categoría de la más clara estilística futbolística.

Hoy viene a nuestras manos esta fotografía en la que un grupo de toreros se ha sentido con deseos de emular las glorias de Samitier. Pero ellos no han podido alejarse de su ámbito, y dentro de la órbita de su vida, en la misma Plaza de toros, se han arremangado los pantalones y, tres para tres, se han puesto a meterse goles hasta que se han cansado.

Y entonces, agrupados en torno del esférico, han tirado una plaquita de recuerdo.

Son, de izquierda a derecha: Josele, el puntillero; Sánchez Mejías, Enrique, el Almendro, Curro Posada, Joselito, Paco Botas y Rafael Posada.

Pero —y no es por el atuendo, que ya de por sí es significativo— por mucho que quieran ponerse en jarras y mentir un aire deportivo, a todos se les nota el aire que da la fiesta. Plan-

ta de toreros han sacado a relucir todos ellos. Y por si esto era poco, estas patadas que largaron al esférico tuvieron que ser precisamente en una Plaza de toros. En la Maestranza. Ninguno pensó en acercarse a un campo próximo o utilizar uno de deportes, con sus porterías y sus señales bien marcadas. No; hubo de ser en la Maestranza sevillana.

Y hubiera que haber visto en este festival a puerta cerrada cómo aquellos toreros grandes, por la gracia de Dios, que les colmó de personalísimo arte, alcanzando uno de ellos —¡para qué señalar!— la más alta cima que se ha escalado en la historia taurina, se pasaban uno a otro el balón por revoleras y centraban por verónicas, rematando —¡claro está!— con media de lo mismo que era gol, pero de los buenos.

En fin, que allí se podría haber visto, si alguien hubiera alcanzado esta suerte, cualquier cosa más parecida al toreo que al fútbol. Y afortunada-

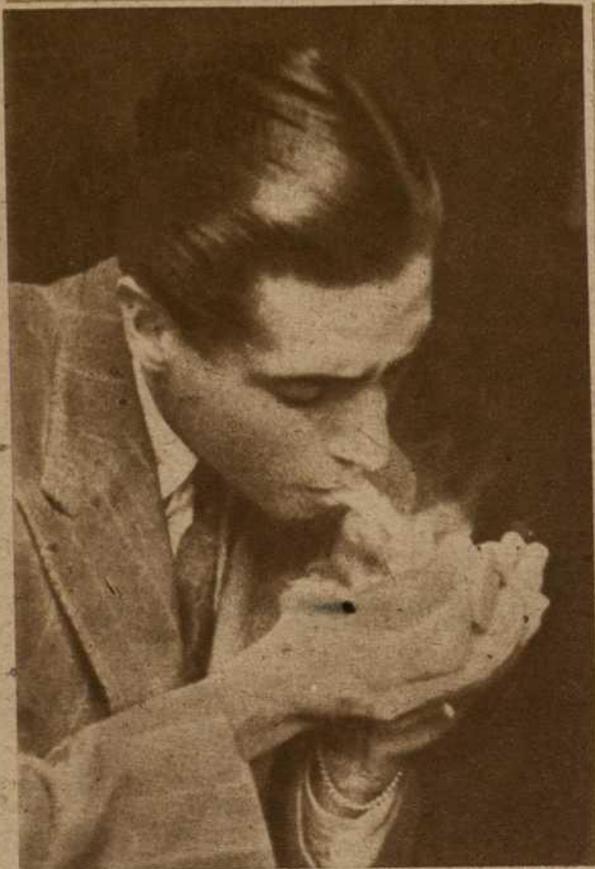
mente, decimos nosotros, porque nadie puede concebir que gente que supo estarse muy quieta tan cerca de la muerte, toreros que rayaron en las más altas cumbres de la torería de sus tiempos, y cuyo

arte está reñido con la velocidad y la traslación, supieran darle con cierta facilidad a esa cosita redonda que se disputan hoy con tanto ahinco veintidós señores sobre una pista verde.



FERMIN RIVERA VUELVE A MEJICO

LLEVA UN CONTRATO POR SEIS ACTUACIONES EN LA PLAZA DE EL TOREO



Hace un alto para encender un cigarrillo, tratando así de ocultar la emoción de su march.

YA hizo en septiembre un año que Fermín Rivera se nos entró por las puertas de la Plaza de Aranjuez al toreo español. Fué el Estudiante quien dió la mano en aquella ocasión al mozo mejicano, quien apadrinó a Rivera, dándole el espaldarazo de circulación y visto bueno para su presentación en otras Plazas, en todos los ruedos de España.

Y con paso seguro, este simpático torero azteca fué pisando firme por todas partes, cosechando



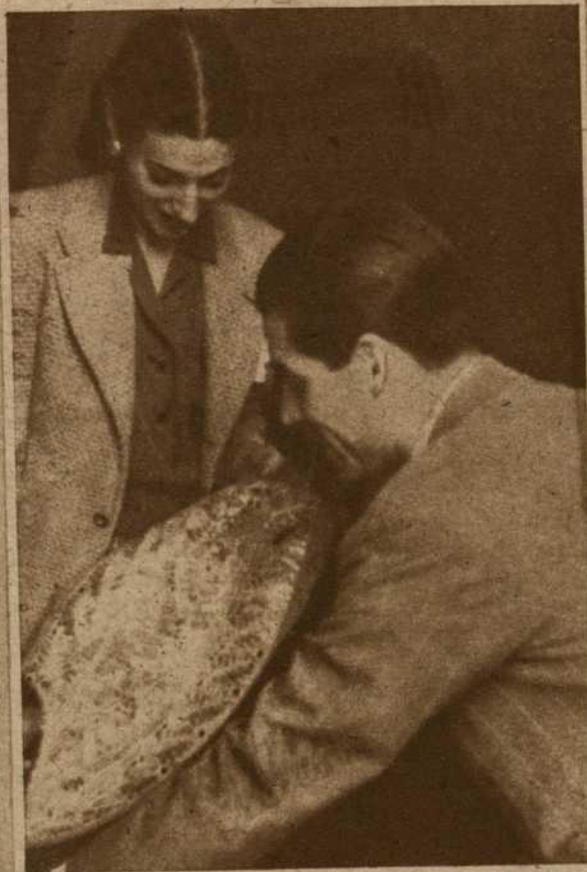
Se enfundan los estoques que tendrán que volver a relucir en los ruedos mejicanos

los aplausos y orejas y dejando siempre un buen recuerdo como artista, como compañero y como caballero.

Hoy vuelve a su tierra. El martes salió en el Lusitania Expres camino de Lisboa, para embarcar de vuelta a sus lares. Va allí a refrendar los éxitos conseguidos en nuestro país, en el primer lugar del mundo, en la cuna del arte taurino. Y antes de poner el pie en el estribo hemos charlado con él.

Va con su esposa, hermana del que fué gran torero vasco Martín Agüero; porque Rivera ha querido llevarse, además de los aplausos, la gracia de la tierra española. Y para eso, nada mejor que una mujer.

Abre su sonrisa ancha y sincera cuando estrechamos su mano. En su cuarto abren también su enorme boca los baúles, en los que va enterrando, con los recuerdos de una temporada, el oro de los trajes de luces. Hay en su



El oro de los trajes se va enterrando en el fondo de los baúles junto con los recuerdos de una temporada

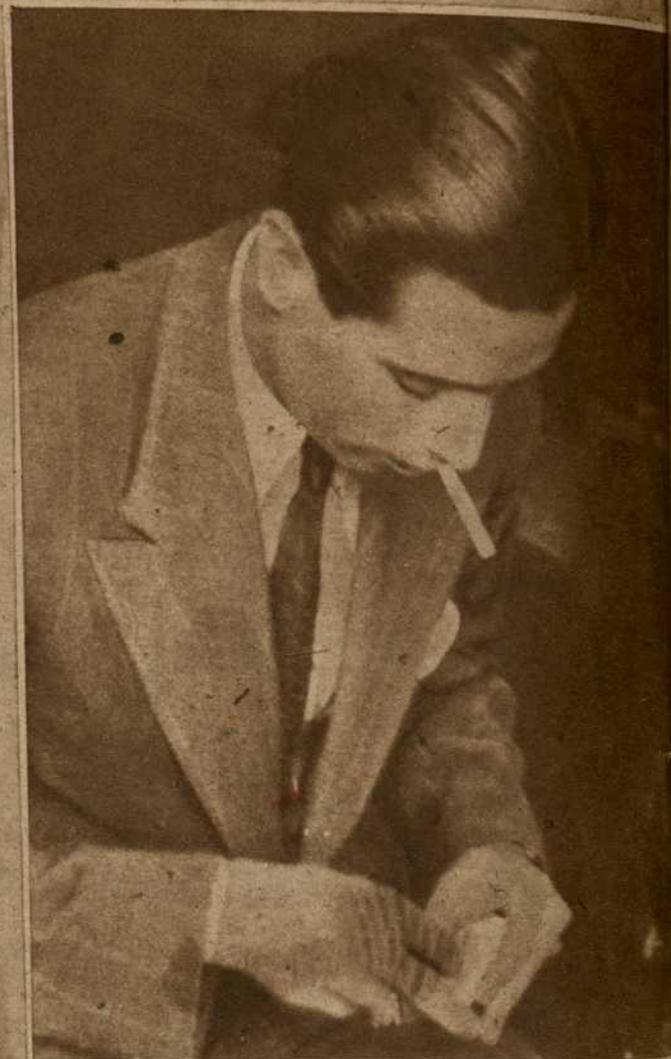
mirada una mezcla de nostalgia y pena por llegar y por irse.

—Al fin, la marcha—decimos.

—Sí; el martes salgo en el Lusitania Expres para Lisboa, con objeto de embarcar allí para mi tierra.

—Tendrá usted muchas ganas de volver a los suyos...

—Más de un año hace que estoy en esta bendita tierra. En este tiempo he aprendido a quererla; y buena prueba de ello es que, por



Cigarrillo y cigarrillo. El nervosismo de la partida hace consumir un gran número de pitillos a Fermín

no querer separarme del todo, por no querer irme absolutamente, me llevo una mujer, mi esposa. Sin embargo, es natural que en este tiempo haya sentido el tirón de aquellas latitudes. Tengo ganas de irme, pero para volver pronto.

—¿Entonces?...

—En cuanto termine la temporada estaré de vuelta.

Hace un alto para encender un cigarrillo. Los hombres, cuando tratan de ocultar una emoción, sacan su petaca y velan, entre las vedijas del humo, su sentimiento.

—¿Los compromisos le esperan, claro?—decimos.

—Sí, he dejado muchos pendientes. Pero no son los que más tiran los de tipo profesional. Han quedado lazos hechos que quiero apretar aún más a mi vuelta.

—Sí, pero ¿contratos?

—Ya le digo: hay muchos hechos. Las ferias de Zaragoza, San Sebastián y otras. También en Madrid tengo compromisos por cumplir. Y espero poder entonces demostrar mi cariño por la afición, que tanto me ha alentado y aplaudido en este año de permanencia entre ustedes.

—¿Cuántas corridas ha toreado usted?

—Cuarenta. Y, por distintas causas, he tenido que dejar de hacerlo diez veces más.

Rivera, como se ve, ha alcanzado un buen número de corridas. De los toreros que vinieron del otro lado

HA TOREADO CUARENTA CORRIDAS EN ESPAÑA

LLEGO SOLTERO Y REGRESA CASADO CON UNA HERMANA DE MARTIN AGÜERO



Cuando llegamos, la oñcha y sincera sonrisa de Fermín Rivera se nos abre al par que su mano

del Atlántico, es el segundo en cuanto a número. Arruza va por delante, y después él. Pero, además, en estas cuarenta actuaciones el mejicano ha obtenido un gran número de éxitos, muchos de ellos coronados con el corte de orejas.

—¿Cuántas ha cortado?—le preguntamos.

—¡Qué sé yo! No las cuento—dice modestamente.

Y es entonces cuando tuerca su esposa, para aclarar la cuestión:

—Diga usted que en la mayoría de las corridas en que actuó fué premiada su labor con la oreja, y aun orejas, en plural.

—Mire usted —vuelve a terciar Rivera—. Yo, exactamente, no lo sé. Mi apoderado es quien lleva las cuentas. Tanto la de los cortes de apéndices como las demás. Así que, exactamente, nada se puede decir ahora, por no estar él presente. Sin embargo, puede usted decir que marchó contento de mi actuación, aunque, como es natural en toda persona que aspire a mejorar siempre su calidad, no he llegado a satisfacerme, porque yo quiero más de lo que he logrado. Y para ello volveré.

Dice estas últimas frases con fuerza, apoyando las palabras en la acción. La decisión se pinta en su cara, y más parece, en este momento, que esté de vuelta otra vez y que no se vaya.

—¿Cuántas corridas lleva usted contratadas para Méjico?

—Voy con seis para la Empresa de El Toreo. En los Estados también tengo varios contratos.

—¿Tiene ganas de actuar ante sus paisanos?

—Figúrese usted. La temporada, que va a empezar allí, va a ser extraordinariamente dura. Los toreros que marchan de aquí tienen mucho cartel, y hay que luchar con ellos en buena lid. Pero es precisamente lo bonito en el arte. Luchar para vencer. Y aunque en algunas ocasiones resulte uno vencido, que no sea precisamente por desgana ni por abandono. Que tenga que ser por el momento inspirado del contrario.

—Entonces, como habrá pelea —buena pelea, naturalmente—, usted estará encantado.

—Pues claro. Tengo ganas de llegar y ac



Con su esposa el mejicano va y viene por la habitación para tratar de ir arreglando las cosas. Luego todo son olvidos

tuar. Quiero verme ante mis paisanos y que me vean. Hace un año que no sucede esto...

Vuelve otra vez a dejarse llevar por los pensamientos. El cigarrillo se quema otra vez entre sus dedos, mientras el humo riega en el aire sus rizos caprichosos.

Ya le quedan muy pocos días para dar cima a sus deseos.

El día 25 ó 26 embarcará en Lisboa para Méjico. Pocos días después se encontrará con los suyos.



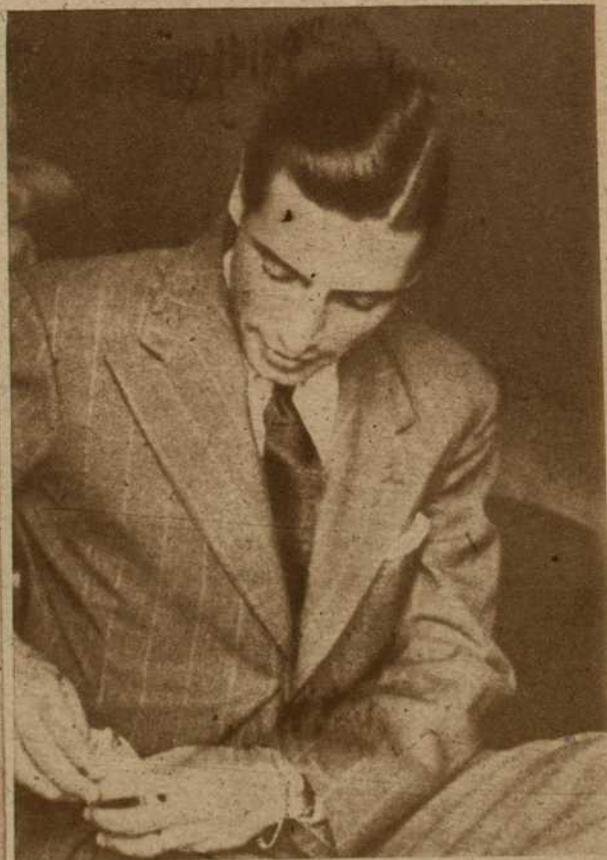
Tengo ganas de marchar pronto para volver antes; quiero verme otra vez aquí

Pronto en el tendido los sombreros, los anchos sombreros mejicanos, podrán echarse al aire para celebrar sus faenas.

Le damos la mano en silencio. El nos la sujeta y dice, volviendo de sus pensamientos:

—Diga mi agradecimiento a la afición española. Y que cuando vuelva...

Quedan sus palabras en el aire; pero su gesto no necesita de ellas. Es todo decisión, todo deseo de enfrentarse pronto con la realidad.



Y más cigarrillos. El nervosismo durará hasta verse en el camarote y por fin allí (Fotos Manzano)

FIGURAS DE LA FIESTA

ANTONIO POSADAS formó pareja con ALGABEÑO y era el novillero que más cobraba



Antonio Posadas en su época de primera figura, rematando un quite

AHORA, cuando los nombres de los que tienen parte en la historia del toreo van dejando su puesto, hemos querido hablar con Antonio Posadas, elegante, fino artista, dotado de una ciencia especial para la lidia del toro. El se ha ido sin decir adiós a la fiesta. Una despedida rodeada de tristeza, porque quien siente la lucha desearía ser eterno en su arte. Así le ocurre a Antonio Posadas, alejado por una repentina enfermedad, que lo tuvo dos años inactivo.

Tras ello vino la realidad de las cosas. Nuevas figuras, competencia en desventaja... y los años, que no pasan en balde.

Antonio Posadas tuvo las enseñanzas que requiere tan difícil profesión. Primero becerrista... novillero y matador de toros. Por tanto, llegó a la alternativa cuajado de saber. Ni los años decían nada, ni su afición podía ser cortada por el nombre de otros que eran base de cartel en todas las Plazas.

Ahora, en la tertulia del café, lugar no frecuentado por los toreros, hablamos de sus actuaciones. Un recuento de fechas y datos que él casi ha olvidado. Apela a su buen amigo Federico de Oro, quien fué apoderado suyo. Y con su ayuda describe, pausadamente, con cierta alegría, aquellos tiempos pasados. Faenas, viajes, temporadas en exclusiva... Cuanto de alegre tiene en su historial.

FUI EL MATADOR MAS JOVEN DE ESPAÑA

Con dieciséis años recién cumplidos, Antonio Posadas tomó la alternativa en la feria de San Miguel, de Sevilla, septiembre del año 1923, de manos de Rafael el Gallo. Un niño aún, cuajado en figura, pero el más joven de los diestros.

"Es muy dura la lucha y no se puede volver a ella para torear cuatro o cinco corridas"

—Creo que no ha existido nadie más joven —comentaba— cuando llegué a la alternativa. Ni ahora. Soy, por tanto, el que ostenta este título.

Posadas guarda grandes recuerdos. Uno de ellos es que fué el primer novillero que ganó seis mil pesetas, caso no dado. Formando pareja con Pepe Algabéño, fué de los que se cotizaban como nadie.

Y aquel muchacho de cara redonda, que dió mucho ruido, se asomó a las Plazas con doce años.

—¿De novillero?

—Primero fuí becerrista, hasta los catorce. Con quince y dieciséis años, actué de novillero, compitiendo con los de entonces, hasta la feria de San Miguel. Rafael fué mi padrino, y ya de ahí para arriba, sosteniéndome durante diecisiete años en primera línea, hasta 1940, mi despedida, aunque hasta el momento no lo haga público. Hoy ya está acordado, porque la lucha es muy dura y llegan otros empujando...

—¿No siente dolor por no volver...?

—Quisiera uno vestirse de luces toda la vida. Pero no es posible. No compensa ya a mi edad sostener una pugna en desventaja, para terminar la temporada toreado tres o cuatro corridas a lo sumo. Sin pensamiento sobre lo que haré, pero firmé en mi decisión de no seguir toreado.

Y como peón, es duro salir cuando se tiene un nombre, conocimientos... y también amargura por marcharse. Puede decirlo; porque éste es mi pensar y no quisiera ya vestirme de luces.

—¿Pero se apartará completamente de la fiesta?

—Nunca, porque lo llevo dentro. Estos dos últimos años actué en festivales y mantendré mi afición alternando en cuantos espectáculos de este carácter se organicen... Lo demás pasó y ahora a recordar, porque siempre es agradable.

—Muchos tendrá de su vida activa por los ruedos.

—El principal es que jamás se fué un toro mío al corral. Es un orgullo que tengo, después de diecisiete años de matador.

Luego las campañas de Méjico, en las temporadas de 1927, 34 y 35... Venezuela, en 1931. Tardes de mucho éxito, principalmente en la que di la alternativa a Armillita Chico en El Toreo. Cortamos orejas y fué mi mejor campaña, toreado ocho corridas en la capital y siete en los Estados.

—¿Cuántos toros habrá estoqueado en su vida de torero?

—Imposible de recordar. Únicamente puedo fijar la que más. En total fueron cincuenta y dos corridas la temporada del 1931. A mi juicio fué mi mejor año, pero anteriormente ya venía triunfando, firmando en 1930 una exclusiva por treinta corridas y cincuenta mil duros libres con el empresario valenciano Vicente Gómez Lobo, con la intervención de mi apoderado Federico de Oro.

—¿Y su mayor éxito...?

—En Madrid. Fué con un toro de Santa Coloma, el año 1927, al regresar de Méjico. Corté orejas y me sirvió para situarme en primer plano.

Ya ha terminado la vida taurina de Antonio Posadas, el sevillano que derrochó gracia con el capote y mostróse conocedor como pocos con la muleta. Lidiador completo, anuncia ahora lo que dejó ya en 1940, a causa de una enfermedad. Con la esperanza de que un chavaleta con catorce años, sobrino del diestro sevillano, mantenga el prestigioso nombre, taurino por sentimiento y afición... Eso fueron los Posadas.

Si embargo, Antonio Posadas seguirá viviendo para los toros. Y allí donde surja el comentario sobre la fiesta, la autorizada voz del diestro sevillano surgirá brillante para dar su juicio.

En aquella época, con aquellos toros y con una lucha dura por el gran plantel de «fenómenos», Antonio Posadas fué uno de los primeros. Tardes en que junto a Pepe, el Algabéño, formaban una pareja sólida, alegre y dotada de una gracia especial. Eso fué Antonio Posadas, quien ahora nos dice que se va para siempre. —JOSE CARRASCO.



Tres actitudes del ex diestro sevillano durante su charla para EL RUEDO (Fots. Manzano)

ROMANCE POPULAR

Aventura, pasión y muerte de ANTONIO CARPIO

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO

EL MAESTRITO DE CATARROJA

En el pueblo valenciano de Catarroja había un maestrillo de escuela que aun no había cumplido los veinte años. Al padre, achaques físicos le habían imposibilitado para ejercer su oficio de constructor de carros, y con su parco sueldo aquel domine imberbe sostenía heroicamente a toda la familia: padre, madre y cuatro hermanos menores que él. Claro que aquel sostén liviano los colocaba a todos en equilibrio inestable; pero... ¡no había más!

Cuando después de la refacción vespertina, de una frugalidad rayana en la sobriedad comobítica, se iba al lecho en demanda de reposo, las noches del mozo estaban iluminadas por los claros sueños de gloria que crea la ambición, sino atornilladas por las sombrías pesadillas con que la necesidad angustiosa abruma a sus víctimas.

Aquello no podía continuar así. Él quería bienestar y tranquilidad para sus padres; él quería hacer de sus hermanos cuatro hombres de provecho, y con los ingresos que le proporcionaba su lucha por conseguir que la infancia catarrojense le viese de corrido, hiciese unos paficos decorosos y cantase correctamente la tabla de multiplicar, no lograría nunca su generosa y lógica aspiración. Un camino había por el cual, con decisión y suerte, se podía llegar rápidamente a la fortuna. Decisión la tenía. Por lo tanto, valía la pena de probar si la suerte también...

"¡AQUI HAY UN HOMBRE DECIDIDO!"

Eso lo dijo Antonio Carpio al saltar desde la escuadraj confidencial de su escuela pueblerina al ámbito empapado de luz y bombardeo de ruido y de pasión de los ruedos. La aparición súbita de aquel novillerito, de quien nadie tenía noticias la víspera de su presentación, fué una especie de bomba atómica en los medios taurinos. Dió un salto gigantesco desde el fondo del más absoluto anonimato al deslumbrante primer plano de la máxima popularidad.

Al día siguiente de su primera actuación, España estaba llena de las referencias del "suceso" y ardía una gran polémica, hecha de millares de polémicas entabladas desde la Punta de Tarifa hasta el Cabo de Finis terra, desde la Sierra de Arapuca hasta los veladores de "Los Carracoles", en la barcelonesa calle de Escudillars; polémicas en las que el nombre de Carpio restallaba con el alegre impulso ascensional de los cohetes.

—¡Es un "ohalao"! Así no se puede torear.

—Pues ya ha visto usted que él sí puede.

—Sonó la flauta... Pero ya hablaremos cuando le repitan.

Y le repitieron, y siguieron hablando. Aquel muchacho toreada ciertamente de un modo inverosímil entonces. Tan parado, tan cerca... El "parón", al que ya no



Antonio Carpio, el maestrillo de Catarroja, cuya suerte no acompañó a su extraordinaria decisión y valentía.

se otorga consideración excesiva, fué entonces la revelación traida al toreo por la decisión de aquel maestrillo de Catarroja, que quería conquistar, a costa de su riesgo, el bienestar para sus padres y la seguridad para el porvenir de sus hermanos.

Antonio Carpio armó el gran alboroto entre la afición. Y era difícil armar el alboroto entonces! Porque conviene recordar que estaban en el apogeo de su órbita triunfal Joselito y Belmonte, y Gaona y Vicente Pastor pasaban por el mejor momento de su jocosidad madurez.

LA SUERTE NO FUE A LA CITA

Decisión le sobraba. La suerte... ¡la suerte no acudió a la cita! Le "tropezaban" los toros y le "calaban" con más frecuencia de la que hace falta para conservar el ánimo en la cita de su debut en Madrid. Incluso una ovación extraordinaria, un clamor de entusiasmo; pero, ¡ay!, que lo escuchó conducido en hombros de las asistentes, camino de la enfermería con un muslo atravesado.

Y después fué una sucesión inintercumpida de peñascos. Era el vestirse siempre de cobero con la carne herida, diciendo aún a los cicatrizantes, y con la huella reciente de pinzas y tubos de drenaje. Y, claro, surgió el momento de la vacilación de la prudencia, de... ¡dámelo crudamente!, del miedo. Miedo justificado y lógico en quien, como él, estaba tan duramente castigado por los toros.

Pocas corridas en que la expectación, el deseo morboso de los públicos, por el plato fuerte bien sazonado de trágicas especias, se sintieron defraudadas, bastaron para que las nubes grises de la indiferencia comenzaran a nublar la rutilante luz de aquel comienzo excepcional. Empezó, tras la pasión de los quirófanos, la cita pasión más dolorosa aún: la del artista que siente decaer el interés en torno suyo.

GANO LA MUERTE LA PARTIDA

Antonio Carpio no quería dejarse ganar la pelea con tan felices auspicios iniciada. Le faltaban aún por torear 19 corridas y había que ir a recobrar su sitio, a renovar su crédito, a que la avidez de los públicos quedara satisfecha. Y con la firme voluntad de que así fuese, salió a torear en Astorga el domingo 21 de agosto de 1916, mano a mano con Torquito, seis toros de Rivas, de Salamanca.

Y allí, en lugar de la suerte, fué la muerte la que acudió a la cita del maestrillo de Catarroja. Un cornalón de veintidós centímetros en el muslo derecho con rotura de la femoral. En la enfermería de la Plaza —sin condiciones, como se comprobó más tarde— se limitaron a tapar la herida, y trasladado al hospital, murió a las diez y media de aquella misma noche. También Torquito resultó cogido en la misma dramática tarde, y El Habanero, que iba de sobresaliente, terminó como pudo la corrida.

En la villa maragata quedaron ahogadas en la sangre de sus venas todas las ilusiones generosas de aquel mozo—veintiún años contaba en el momento de su muerte—, concebidas en la escuela de Catarroja cuando explicaba a los niños que España es una península bañada por tres mares y separada de Francia por los Pirineos.

DESPUES

La Asociación de Toreros, por declaraciones del picador José Abad Iriondo y del mozo de espadas, abrió con motivo de este caso una información acerca del estado de la enfermería, y pudo demostrarse que no reunía las condiciones de salubridad, higiene y material quirúrgico que exigía la Real orden de 8 de septiembre de 1911.

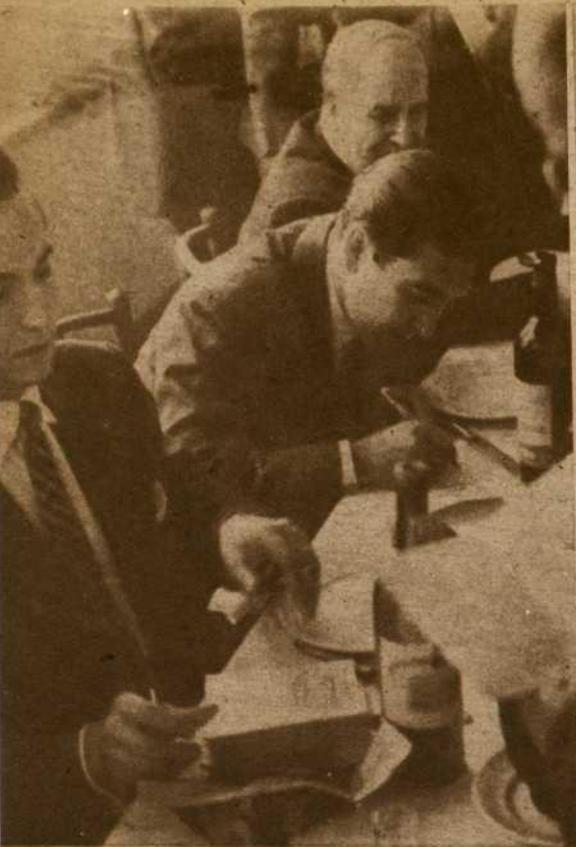
El doctor Albéniz —nuestro querido compañero "Chaspero"—, a la sazón médico de la Sociedad, y su presidente, el diestro madrileño Vicente Pastor, entregaron al ministro de la Gobernación, don Joaquín Ruiz Jiménez, un extracto del expediente instruido y formularon la correspondiente denuncia. Se publicó entonces una disposición que ordenaba a los gobernadores la previa comprobación del estado de las enfermerías antes de autorizar la celebración de espectáculos taurinos; pero... el pobre Antonio Carpio estaba ya embarrado.

Fué una estrella fugaz de brillo sorprendente. Entre su orto y su ocaso definitivo en el regazo de la que no perdona midió el corto espacio de una temporada.

UN GOLPE

EN SU COCHE TIENE PERFECTO Y RAPIDO ARREGLO CONFIANDO SU REPARACION a

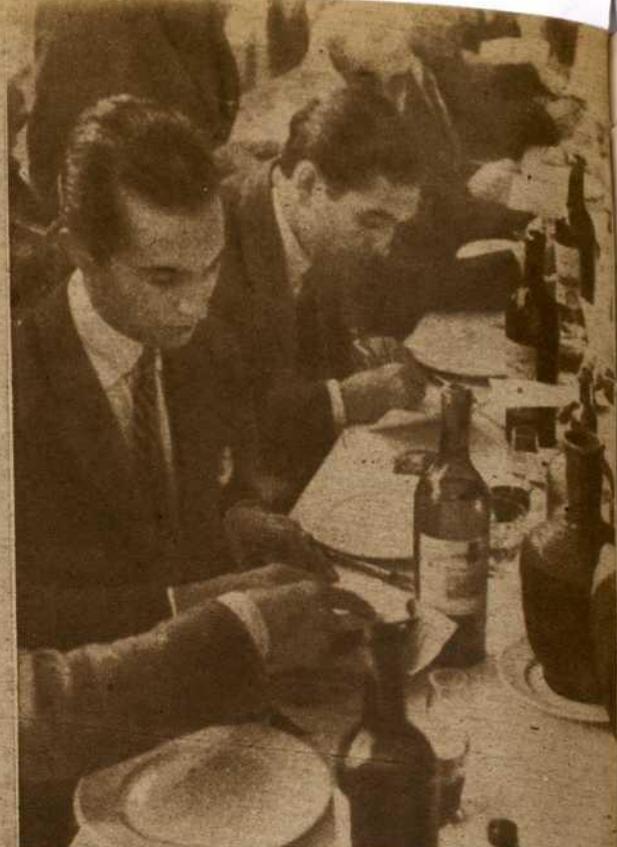
SEIDA, S. A. - Espronceda, 36



Pepe Bienvenida y Luis Miguel Dominguín, agasajados el domingo en unión de Morenito de Talavera, firman autógrafos.



Nuestro colaborador Felipe Sassone hace uso de la palabra para dedicar el homenaje a los tres matadores y al ganadero de la corrida del Magisterio.



A requerimiento de sus admiradores, Luis Miguel Dominguín y Pepe Bienvenida estampan su firma en las tarjetas del homenaje.

EL AGASAJO A LOS TRIUNFADORES DE LA CORRIDA DE LOS HUERFANOS DEL MAGISTERIO



Los tres matadores y el ganadero que alcanzaron tan brillante triunfo en el ruedo madrileño, rodeados de los asistentes al banquete.



Vista de una de las mesas del restaurante en que se celebró el banquete a Luis Miguel Dominguín, Pepe Bienvenida y Morenito de Talavera.



Las peticiones de autógrafos fue numerosa, como muestra la fotografía. Los diestros son asediados por sus admiradores. (Fots. Baldomero)



Morenito de Talavera, como sus compañeros de cartel, firma en las tarjetas de los asistentes al homenaje a los diestros y al ganadero Rogelio M. del Corral.



La suerte del puñal
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Angel Pastor
(Dibujo de Enrique Segura)